



GONZÁLEZ MERLANO, JOSÉ GABRIEL

Con licencia eclesiástica

+Mons. Martín Pérez Scremini, Obispo de Florida (Uruguay)

Dada el 25de enero de 2013.

## LA MEMORIA DEL JUSTO SERÁ ETERNA

1ª ed.: Febrero de 2013

ISBN: 978-9974-98-966-5

© 2013, José Gabriel González Merlano

ggmerlano@gmail.com

Foto de portada: Iglesia Matriz de Montevideo.

Diseño: Raúl Burguez

## LA MEMORIA DEL JUSTO SERÁ ETERNA

NOTAS PARA EL BICENTENARIO DEL NACIMIENTO  
DE MONS. JACINTO VERA

JOSÉ GABRIEL GONZÁLEZ MERLANO



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	11
PRÓLOGO.....	15
I. PRINCIPALES FECHAS	
EN LA VIDA DEL SIERVO DE DIOS, JACINTO VERA.....	17
II. MES A MES CON DON JACINTO.....	19
ENERO	
Nombramiento de Prelado Doméstico de Su Santidad.....	19
La preocupación por el Clero.	
Primeros Ejercicios Espirituales.....	22
FEBRERO	
El Siervo de Dios en la vida pública.....	25
La Carta Pastoral sobre Educación.....	29
MARZO	
La Creación de la Comisión de Socorro a los pobres.....	32
Primera Carta Pastoral, dirigida especialmente al Clero.....	35
ABRIL	
El conflicto de los cementerios.....	38
Don Jacinto, misionero infatigable.....	42
MAYO	
La partida de Jacinto hacia la casa del Padre.....	45
Aniversario de la ordenación sacerdotal del Siervo de Dios.....	48
JUNIO	
Jacinto Vera consagra el Uruguay al Sagrado Corazón de Jesús.....	51
Mons. Vera, forjador de la Iglesia uruguaya.....	54

JULIO	
El nacimiento del Siervo de Dios Jacinto Vera y Durán...	57
Mons. Jacinto Vera, Primer Obispo del Uruguay.....	60
AGOSTO	
Don Jacinto, Párroco ejemplar.....	63
Fecha onomástica de Jacinto y retorno del exilio.....	66
SETIEMBRE	
El triunfo de la justicia y el derecho.....	69
El primer viaje a Europa.....	72
OCTUBRE	
El nombramiento de Vicario Apostólico del Uruguay.....	75
El Conflicto Eclesiástico.....	78
NOVIEMBRE	
Imposición del palio al Arzobispo de Buenos Aires.....	81
Participación en el Concilio Vaticano I y viaje a Tierra Santa.....	84
DICIEMBRE	
Toma de posesión del Vicariato y piedra fundamental del Seminario.....	87
Recibimiento a los primeros salesianos. Semblanza del virtuoso Vicario Apostólico.....	90
III. RECONOCIMIENTO DE LA FIGURA DE MONS. JACINTO VERA.	
DISCURSO DE FRANCISCO BAUZÁ.....	93
IV. HOMENAJE DE JUAN ZORILLA DE SAN MARTÍN A MONS. JACINTO VERA. LA MEMORIA DEL JUSTO SERÁ ETERNA.....	97
V. BREVE HISTORIA DE LA CAUSA DE CANONIZACIÓN.....	101
VI. BIBLIOGRAFÍA REFERENTE EL SIERVO DE DIOS, JACINTO VERA.....	105

VII. ORACIÓN PARA REZAR POR INTERCESIÓN DEL SIERVO DE DIOS, MONS. JACINTO VERA.....	111
--	-----

**“El 3 de julio próximo celebraremos los 200 años del nacimiento del Siervo de Dios, Mons. Jacinto Vera. A él lo tomamos como compañero y ejemplo en este año de la fe. Él testigo de la fe en su piedad, en sus palabras, en sus actos. Él modelo de caridad para con los pobres. Él dechado de misionero en nuestras tierras. D. Jacinto luchó para poner en nuestro pueblo la semilla de la fe y procurar que la fe impregnara toda la existencia. Sea él nuestro modelo y guía en esta misión de nueva evangelización”.**

*Mons. Alberto Sanguinetti Montero*

*Obispo de Canelones*

*Carta Pastoral al inicio del Año de la Fe*

*25 de noviembre de 2012*

## PRESENTACIÓN

Ante el Bicentenario del nacimiento del Siervo de Dios, Mons. Jacinto Vera y Durán, primer Obispo del Uruguay, presentamos este aporte que no representa más que la recolección de las notas que durante un año han sido publicadas en los sucesivos números del quincenario “Entre Todos”, órgano de prensa de la Arquidiócesis de Montevideo.

No debe ser para nosotros sólo una simple coincidencia, que la Iglesia nos invite en el 2013 a celebrar el Año de la FE, como modo de fortalecer nuestra relación con Cristo. Jacinto Vera es para los uruguayos un modelo de fe, un testigo fiel del Evangelio en el difícil momento que le tocó vivir, que estimula nuestra tarea de nueva evangelización. En efecto, como magníficamente lo expresa el Papa Benedicto XVI, *“con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos”* (Carta Apostólica *Porta fidei*).

En este contexto, el presente trabajo no pretende ser una biografía de Don Jacinto, lo cuál ya se ha realizado y de muy buena forma, sino que simplemente aspiramos a hacer visible la estatura humana y cristiana del Siervo de Dios, a la luz de los hechos que consideramos más importantes de su vida.

Hechos que narramos sin una sucesión cronológica, sino que los presentamos de acuerdo al mes en que sucedieron, para de esta forma encontrar motivos para edificarnos durante todo el año, haciendo memoria de los acontecimientos centrales en la vida de Don Jacinto y de nuestra Iglesia Oriental, y por qué no de la Patria. Y al conmemorar, ayudarnos con su testimonio y celebrar el gran regalo que Dios nos ha hecho en su persona.

Queremos dar a conocer, mes a mes, las facetas más importantes de la rica existencia del Siervo de Dios, acompañadas de algún testimonio de personas allegadas, que ayude a acercarnos de forma más palpable y directa a su personalidad. Si bien, por tratarse de notas de prensa, no aparecen las referencias de las fuentes citadas y utilizadas, las mismas corresponden a la bibliografía que presentamos al final. Agregamos, luego, algunos otros elementos de interés en orden a lograr una mayor ilustración, como ciertos reconocimientos y homenajes a su persona escritos por grandes hombres de nuestra Patria que tuvieron la dicha de conocerlo, una breve reseña de la historia de su causa de canonización, la bibliografía relativa a su vida y virtudes, la oración para pedir a Dios por su intercesión.

Nos encontramos inmersos, además, en tiempos de celebración del Bicentenario de los distintos acontecimientos del proceso de emancipación del Pueblo Oriental -este año, las instrucciones del Año XIII-, por lo que resulta por demás apropiado volver la mirada a Don Jacinto. Él está totalmente consubstanciado con nuestra tierra, con su gente y con nuestra historia, es el “Obispo gaucho”, que tiene una admirable identificación con su pueblo, como el pueblo la tiene con su Pastor; y es, por ello, un invaluable modelo de santidad de vida para los orientales, un modelo cercano, sencillo, “a la uruguaya”.

Precisamente, los rasgos que destacan en la figura del “Santo Obispo”, como lo llaman sus contemporáneos, son utilizados por Juan Zorrilla de San Martín, cuando en el atrio de la Catedral de Montevideo, ante el cuerpo sin vida del Siervo de

Dios, lo llama *Padre, Maestro, Amigo, Providencia, Apóstol, Patriota*. Pero entre todos estos atributos destaca la expresión: “*¡El santo ha muerto!*”, y agrega: “*Ahora, inmóvil pero dulce aún en su último lecho, es la sombra de una predestinación. Vedlo; la misma muerte pierde su horror en su rostro dulcísimo. Nació predestinado a hacer la felicidad del pueblo uruguayo y ha cumplido la voluntad de Dios. Fue la fuente de la verdad, el consuelo del afligido; fue el árbitro de la paz; fue el ejemplo de la virtud*”.

Él es el primer Obispo del Uruguay, el Patriarca de nuestra Iglesia, su gran organizador, fundador del clero nacional, infatigable evangelizador de nuestra Patria, cuya fama permanece hasta nuestros días. Por eso titulamos el trabajo con esta frase varias veces presente en los textos sapienciales de la Sagrada Escritura, y utilizada por Juan Zorrilla de San Martín para referirse al Siervo de Dios, porque sabemos que *la memoria del justo será eterna*, y así lo han experimentado todas las generaciones, desde los que compartieron su época hasta la nuestra.

Que en este año del Bicentenario de su nacimiento este humilde aporte, sea nuestro homenaje y contribución al mayor conocimiento y difusión de las virtudes de Mons. Jacinto Vera, el santo, el justo, para que su memoria viva por siempre.

Gabriel González Merlano

## PRÓLOGO

Estamos en el Bicentenario del nacimiento de Jacinto Vera. Todo escrito es poco para destacar la importancia, en nuestra historia nacional y en nuestra Iglesia, de la vida del Siervo de Dios Jacinto Vera y Durán.

Desde su muerte en 1881, es variado lo que se ha publicado en referencia a su humildad, su pobre, generosa y “santa vida”, pero nunca es bastante.

Este trabajo de recopilación de notas, que nos presenta el Pbro. Dr. Gabriel Gonzalez Merlano, tiene una particularidad muy interesante. No sigue la cronología de su vida, pero mes a mes durante un año nos ha descrito la actividad del Obispo, dentro de la historia nacional correspondiente a cada mes.

Con muy buena documentación y amena redacción, nos permite ver a Don Jacinto en su incansable servicio a la Iglesia y a la evangelización del pueblo uruguayo.

Con su capacidad de investigador, Gabriel nos ayuda a encontrar en la realidad nacional e internacional, y también al presentar sus viajes, un Obispo que no descansaba en el verano ni en el invierno. Un ejemplo de vida que, para todos los llamados a continuar dando, en este Año de la FE, testimonio de Jesús y su Evangelio, no podemos dejar de leer y meditar.

Es de destacar la descripción que se va realizando de las actitudes de Monseñor Vera en las notas de cada mes. Actitudes que sin ahondar sobre ellas, nos dejan un reflejo de los sentimientos que marcan la vida de nuestro Obispo y nos sirven como una “fotografía” de su personalidad. Cambiante según las etapas de su vida, pero siempre con los rasgos propios de su santidad, basada en la humildad, espíritu de sacrificio, generosidad y la fortaleza proveniente de su fe en Dios, que siempre lo sostuvo.

Agradecemos al autor de estas notas, que ya han recibido



elogios y deseos de más, pensando que ahora, recopiladas en esta publicación, podrán llegar a todos los rincones de la Patria, a muchos que no las conocen todavía y ser luz nueva para los evangelizadores de hoy.

Beatriz Torrendell Larravide

## I. PRINCIPALES FECHAS EN LA VIDA DEL SIERVO DE DIOS, JACINTO VERA

- \*3 de julio de 1813 -  
*Nacimiento en el mar, frente a Brasil.*
- \*2 de agosto de 1813 -  
*Bautismo en Santa Catarina, Brasil.*
- \*28 de mayo de 1841 -  
*Ordenación sacerdotal en Buenos Aires.*
- \*6 de junio de 1841 -  
*Primera Misa en Buenos Aires.*
- \*2 de agosto de 1852 -  
*Nombramiento de Cura Vicario de Canelones.*
- \*4 de octubre de 1859 -  
*Nombramiento de Vicario Apostólico.*
- \*14 de diciembre de 1859 -  
*Toma de posesión como Vicario Apostólico.*
- \*16 de julio de 1865 -  
*Nombramiento de Obispo, con el título de Megara.*
- \*15 de julio de 1878 -  
*Nombramiento como primer Obispo de Montevideo.*
- \*6 de mayo de 1881 -  
*Muerte en Pan de Azúcar.*

## II. MES A MES CON DON JACINTO

### ENERO

#### NOMBRAMIENTO DE PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD

El 9 de enero de 1863 el Vicario Apostólico Jacinto Vera es nombrado Prelado Doméstico de Su Santidad. En ese momento se encontraba aún en el destierro decretado por el Gobierno del Presidente Bernardo Berro, a consecuencia del Conflicto Eclesiástico. En febrero, el Siervo de Dios conoce la noticia de este nombramiento pontificio, y en marzo, finalmente, el Gobierno le levantará la pena del destierro.

Ahora la cuestión se centraba en solucionar en qué condiciones regresaría Don Jacinto. Es decir, lo normal era que lo hiciera asumiendo nuevamente la jefatura de la Iglesia uruguaya, y no como un simple sacerdote al que no se le permitía ejercer libremente el cargo de Vicario Apostólico, para el cual el Papa lo había elegido. La posición del Gobierno era favorable al regreso, pero sin poder ejercer sus facultades al frente de la Iglesia. Por este motivo, lo conveniente era esperar que esto se solucionara y en tanto permanecer en Buenos Aires antes de regresar.

En ese contexto, como testimonio del aprecio por la actuación que había tenido en el Conflicto Eclesiástico, se conoce el nombramiento pontificio, que fue un gran alivio y consuelo para el Siervo de Dios, viendo reconocida su conducta por el Papa, y un motivo de gran alegría para todos los que lo querían y habían estado cerca de él en estos difíciles momentos. De hecho así se manifestaba Don Jacinto, en carta de marzo, a quien le había dado la noticia del nombramiento: *“La expresada carta de V.S.I. me ha traído grande consuelo, por lo que ella*

*dice respecto al nombramiento con que ha querido honrarme Nuestro Santísimo Padre, pues aunque ese nombramiento todavía no ha llegado a mi poder, me basta saber que está acordado, para persuadirme de la aprobación de Su Santidad relativamente a los últimos conflictos, que han tenido lugar, con el Gobierno, provenientes de mis procedimientos como Prelado, los que motivaron mi destierro. Consoladora, decía, fue su carta última, pues ella reanimó todos los sinsabores con que Dios ha querido probarme en mi destierro”.*

No dejaba de recibir felicitaciones por la noticia, y un amigo así se lo expresaba: *“Al fin salimos de ansiedades, y tomen ya el rumbo que quieran los manejitos. Le felicito cordialmente pues que se ha rendido al deber y a la virtud la debida justicia”.* Los allegados tomaron esta distinción como lo que era: un premio al cumplimiento del deber en la defensa de los derechos de la Iglesia y por todos los sinsabores que debió pasar Jacinto Vera en el destierro. Otro amigo le decía: *“Me aprovecho de esta ocasión para felicitar a SS. de las buenas noticias que recibió de Roma, pues las merecía. Dios premiará en esta vida y en la eternidad la virtud y fortaleza con que SS. ha sostenido los derechos de la Iglesia. Cuando Roma estará bien informada de todos los acontecimientos, cumplirá la obra de la justicia, que dará a cada uno según el mérito de sus obras. Quiera Dios que yo pueda ver pronto este acto de justicia”.*

Pero la noticia no fue interpretada de la misma forma por todos. Como era lógico, el Breve (documento) del nombramiento fue enviado al Delegado Apostólico, Mons. Marini -como vía más segura-, para que él lo entregara al Vicario Apostólico. Pero en ese momento estaban en tratativas con el Gobierno para que la jurisdicción eclesiástica de nuestro país de Vicariato pasara a Obispado, por lo cual Mons. Marini retuvo el nombramiento, creyendo que dada la situación de Vera el nombramiento molestaría al Gobierno. La cuestión es que este nombramiento el Delegado Apostólico lo tuvo retenido por meses -le llegó en abril y lo entregó en agosto-, como si fuera algo que podía utilizar según lo creyera oportuno. Por

eso algunos, al ver este proceder, interpretaron el nombramiento como un “premio consuelo” ante una posible renuncia de Don Jacinto, si así lo exigía la solución del conflicto, o como signo de estima si salía victorioso.

Pero la verdad de los hechos es que el Papa envía esta distinción al Siervo de Dios, más allá de cualquier viscosidad que siguiera el conflicto en sus posibles caminos de solución, como una prueba de su estima por la conducta y por la prueba del destierro padecido por el Vicario Apostólico. Así lo manifiesta el Card. Antonelli al enviar el nombramiento al Delegado Apostólico Marini, diciendo que el Papa confiere este título a Jacinto Vera *“por la firmeza con que en este último tiempo ha sabido sostener los derechos de la Iglesia”.*

## LA PREOCUPACIÓN POR EL CLERO. PRIMEROS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Una de las grandes preocupaciones y desvelos de Don Jacinto fue la formación y santificación de los sacerdotes. Ello se manifiesta, en primer lugar, en el hecho de que a los dos días de asumir como Vicario Apostólico comenzó a nombrar los sacerdotes más idóneos, por su saber y virtud, para ocupar los cargos de la Curia y de los Curatos. Cualidades estas muy importantes, especialmente en la campaña, donde la falta de instrucción de los habitantes hacía más necesaria la presencia de sacerdotes que con su preparación intelectual y moral supieran cumplir con su misión de guiar las almas a la salvación.

Esto sucede porque al ser elegido Vicario Apostólico, se encuentra con una Iglesia uruguaya donde el clero nativo era muy exiguo, siendo casi todo extranjero, y no pocos de dudosa o escasa moralidad, lo cual produjo, en el Siervo de Dios, muchos sinsabores. Frente a un clero escaso, poco ilustrado y en su mayoría extranjero, la gran preocupación de Jacinto Vera será la constitución de un clero secular autóctono, ilustrado y virtuoso, como lo era su pastor.

Así nos describe la situación el Pbro. Juan E. Pérez: *“Antes del Vicariato de Mons. Vera, hablando del Clero en general, que en gran parte era secularizado, exclaustro, podía dividirse en dos categorías: los fervorosos, los menos, y los descuidados, los más, sobre todo víctimas de una gran confusión de ideas, tanto que muchos de ellos, personas por otra parte de preparación, adhirieron al movimiento liberal, que en esa época hacía fuerte explosión en el ambiente intelectual de la República, estando varios de ellos afiliados a las sectas masónicas. El espíritu de santidad del Siervo de Dios, y sobre todo su fortaleza de prelado y sus condenaciones a las nuevas ideas subversivas y a las sectas secretas, hizo abrir los ojos a muchos, y algunos renunciando su afiliación a la masonería murieron en el seno de la Iglesia”*.

Pero el celo del Siervo de Dios por esta prioridad, que era la formación del clero, va más allá de los actos de gobierno, relativos a nombramientos. Así, al mes de asumir como Vicario Apostólico, llamó a los sacerdotes a realizar Ejercicios Espirituales, cosa que por estas tierras nunca se había hecho. Pidió al Obispo de Buenos Aires un sacerdote predicador y el 29 de enero de 1860, durante nueve días, reunió al clero del Vicariato en la Casa de Ejercicios, lo que constituyó un acto de renovación para los sacerdotes, que se tornó un muy buen testimonio para el pueblo. Además de la necesaria renovación espiritual había que superar divisiones entre los sacerdotes; entre ellas estaban aquellas motivadas por la elección de Jacinto Vera como Vicario Apostólico, frente al interés que tenían en este cargo otros clérigos.

Ese es el caso del prestigioso sacerdote Santiago Estrázulas, al que Don Jacinto lo convoca de manera especial. Habiendo ido a visitarlo y no encontrándolo, le escribe: *“El objeto de mi visita era, en primer lugar, ponerme en relación con cada uno de los Sacerdotes de más recomendables antecedentes en el país; y en segundo, invitarlo para los ejercicios que hoy principiamos, porque a la verdad, mi amigo, me duele verlo tan separado y mucho más de no verlo asociado a sus hermanos en unos días en que el Sacerdocio del Estado Oriental, su Patria, va a dar un paso tan provechoso para sus almas, como edificante para el pueblo, como Vd. lo sabe muy bien. No tenía más urgencia mi visita, empero esta tendrá lugar luego que me desocupe, y entonces espero empezará otro porvenir para nosotros”*.

La respuesta del clero fue muy buena, por lo que el Siervo de Dios le envía una carta al Papa, comentándole con gran alegría: *“Luego, Santísimo Padre, que fui reconocido por Prelado de esta Iglesia, fui acatado por todo el Clero, el que hasta ahora sigue sumiso y sin temor alguno de que suceda lo contrario. Ordené Ejercicios Espirituales a los Sacerdotes, que, mediante Dios, principiarán mañana, y todos han estado prontos a obedecer esta disposición, sin embargo de haber tantos años que en Montevideo no habían tenido lugar estos ejer-*

*cicios*”. Además, se obtuvieron los frutos esperados, tanto en lo espiritual como en la reconciliación entre los clérigos que estaban enemistados.

Al año siguiente, también a fines de enero, se realizará la segunda tanda de Ejercicios, y así será todos los años del gobierno pastoral de Jacinto Vera. Este aprecio por el valor de estos días de retiro queda de manifiesto en el hecho de que el Siervo de Dios, desde la época de su formación sacerdotal, hacía anualmente sus Ejercicios Espirituales; ahora los realizaba con su clero y, además, en forma personal.

Por esto, y en general por su gran preocupación por la buena formación de los candidatos al sacerdocio, con total justicia, debemos considerar a Don Jacinto como el fundador del clero nacional.

## FEBRERO

### EL SIERVO DE DIOS EN LA VIDA PÚBLICA

Coherente con su postura, Don Jacinto Vera, habiendo sido elegido como miembro de la Cámara de Representantes por el Departamento de Canelones, el 19 de febrero de 1858 renunció a este elevado cargo de Diputado. Explica los motivos de esta decisión a su amigo el P. José Sató, expresándole que su oficio no se lo permite, ya que como párroco debe residir en la parroquia, y además por la ubicación que el sacerdote debe mantener ante la política, evitando partidismos y discusiones. En este campo, hay algo que caracteriza al Siervo de Dios y es su equilibrio y rectitud ante los asuntos de la vida pública y la política. Todo lo hizo siempre desde su lugar de sacerdote; ese fue el norte que señaló el rumbo de su vida y guió cada uno de sus actos.

Y esto no era fácil, ya que le toca vivir una época de muchas tensiones, si pensamos que entre 1842 y 1851 hubo una gran división en el país debido a la existencia de dos gobiernos: el de la Defensa, en Montevideo, y el del Cerrito, en el resto del territorio nacional, comandado por el Gral. Manuel Oribe. Bajo su jurisdicción quedaba entonces la parroquia de Guadalupe (Canelones). Esta realidad política llevaba a que toda la sociedad estuviera dividida en dos fracciones que luchaban entre sí: los blancos y los colorados. Los clérigos, componentes muy importantes de esa sociedad, inevitablemente, también estaban implicados en las contiendas entre los bandos.

Lo cierto es que desde la Paz del 8 de octubre de 1851 hasta 1859, año hasta el que Don Jacinto permanece al frente del Curato de Guadalupe, hubo diferentes gobiernos, revoluciones y vicisitudes políticas. Ante ello, y las autoridades que sucesivamente se constituían, el Siervo de Dios mantuvo siempre el

respeto por la autoridad, colaborando en todo lo que pudiera significar el bien común, pero sin participar activamente en política, lo que era sinónimo de divisiones en la ciudadanía. Desde lo que implicaba su ministerio sacerdotal, mantenía un trato humano con todos sin distinción, relacionándose con las autoridades tanto locales como nacionales y respetando su investidura como representantes del pueblo.

De esta forma, es muy elocuente un discurso de diciembre de 1842, cuando hacía muy poco se encontraba en la parroquia de Canelones, en el que reconoce la legitimidad de Oribe para ser Presidente y esperaba que así fuera para el bien de la Patria. Pero no se queda en esa visión política circunstancial y va más allá, afirmando: *“Las leyes patrias, las leyes civiles, se conforman con castigar la acción del individuo, pero la Religión avanza hasta la conciencia, castiga el pensamiento mismo del desorden que no efectuó. Sola la Religión es el fundamento sólido del edificio de la sociedad, de la Patria”*.

No obstante su respeto a la autoridad legítima, en ningún momento cedió a las pretensiones políticas del momento, no perdiendo nunca su plena libertad de espíritu. Al Gral. Oribe y al Presidente Gabriel Pereira, quienes por intermedio del Ministro Requena le piden que ejerciera su influencia para el nombramiento de un senador, les responde que de acuerdo a la posición que debe tener un eclesiástico, *“rechaza toda injerencia en los sufragios populares y sólo debe contraerse a persuadir al ciudadano que la sumisión y obediencia al Gobierno es un deber de conciencia”*. También a Oribe, en oportunidad que le solicita que promueva una declaración de unión de partidos que había firmado con el Gral. Flores, nuevamente le expresa con claridad cuál es su misión como sacerdote, y sus reparos de actuar en política.

No perseguía intereses particulares, buscaba sólo el bien del pueblo, para lo cuál concebía a la religión como un elemento primordial, ya que sin ella no podía existir una sociedad or-

denada. Su servicio ministerial a la evangelización es su gran contribución social. Así se lo manifestaba en una carta al Presidente Pereira, *“asegurándole secundar en cuanto me lo permitan mis escasas luces y corta influencia, las altas miras de reorganización social, que V. S. recomienda, predicando constantemente las santas máximas evangélicas de Ley y paternidad, en cuya tarea, desde que soy Sacerdote, encargado de la Grey de esta Parroquia he sido infatigable, edificando en cuanto me ha sido posible su moralidad”*.

No obstante ello colabora en lo que está a su alcance en obras sociales, con el cuidado de los templos y los cementerios, o la fundación de una escuela. Incluso formó parte de la Junta Económico Administrativa desde el 19 de mayo de 1853 y por diferentes períodos. Este era el órgano superior del Departamento, cuyos miembros eran elegidos por los vecinos (diferente al Jefe Político que era designado por el Presidente), y cuando lo eligieron presidente de la Junta Económico Administrativa de Canelones, él aceptó el cargo porque lo ponía al servicio de las necesidades de la ciudadanía. Desde allí colaboró para el desarrollo de diversas iniciativas. Y si lo elegían, siendo el más votado en alguna oportunidad, como cuando querían utilizar su influencia, era por la confianza, honradez y caridad que mostraba en su acción y lo que ello inspiraba en el pueblo.

Sin apartarse nunca de su investidura sacerdotal, cumpliendo su misión y sin ser obstáculo a la misma, estuvo dispuesto en todo momento a colaborar en la vida pública, y siempre procuró ayudar a la paz -como la mediación que intentó realizar en 1871, ya siendo Obispo, para que cesara la guerra civil entre blancos y colorados-, e hizo orar por la paz y unión de los orientales; y cuando hubo contiendas, se mantuvo fuera de ellas, a no ser cuando se necesitaba la presencia caritativa de su ministerio, en especial con los pobres, los heridos y los presos. Muy elocuente, por cierto, es el testimonio del Presidente de la República Juan Francisco Giró, quien al visitar Canelones

en enero de 1853, nos dice sobre Don Jacinto: *“En esa dilatada época de la guerra desastrosa distribuía su primacía en limosnas y otras limosnas recibía y aún esas mismas las distribuía también... El culto es servido con lucimiento y majestad... se han visto en esa iglesia funciones de primer orden en celebridad de la patrona”*.

## LA CARTA PASTORAL SOBRE EDUCACIÓN

El 24 de agosto de 1877 se sancionó el Decreto-Ley de Educación Común, que consagraba la reforma escolar llevada adelante por José Pedro Varela. Son por todos conocidos sus principios inspiradores de universalidad, gratuidad, obligatoriedad y laicidad de la educación. Si bien este último tardó más que el resto en imponerse, es el que verdaderamente interesa, pues a ello responderá Mons. Jacinto Vera con su Carta Pastoral sobre Educación, de 24 de febrero de 1878, exactamente seis meses después de sancionada la citada ley.

El tema de la Carta Pastoral, se ubica en un contexto donde la avanzada postura positivista y liberal -que tuvo sus orígenes en el movimiento racionalista de la década del 60-, se enfrenta a la posición de la Iglesia, generando dos visiones antagónicas en relación a la permanencia de la enseñanza de la religión en la escuela pública. La Iglesia no ve con buenos ojos la filosofía subyacente a este reforma, que, al quitar la religión en la enseñanza de la infancia, pretende destruir los valores espirituales, base del desarrollo de los hombres y de los pueblos. Como bien lo dice Don Jacinto, en la Carta Pastoral, la religión *“ha de formar la parte primaria y esencial de toda enseñanza que esté dirigida a cumplir con la misión sublime de la educación, que es la formación del hombre según su carácter esencial”*.

Lo que no significa que esté en desacuerdo o que no reciba con beneplácito lo que de positivo tiene esta ley, especialmente lo relativo a la universalización de la enseñanza escolar. Así lo expresa el Siervo de Dios, catalogando de *“dignísima actitud del Exmo. Gobierno de la República”*, este Decreto-Ley de Educación Común, con el que demuestra la preocupación de cumplir con su deber, que, como allí se manifiesta, es *“el fomento y la mejora de la instrucción pública... porque es ella la gran fuente de la prosperidad y de la grandeza de las naciones”*. Pero, por otro lado, el verdadero desarrollo de las personas y de los pueblos no puede realizarse sin la contribución de la religión.

De hecho, la acción de la Iglesia impidió, al menos por unas décadas, que los designios laicizadores lograran a corto plazo sus cometidos. Pero debemos señalar que en el pensamiento de Varela, contra lo que generalmente se cree, no estaba la exclusión de la idea de Dios, ni la exclusión total de la religión en la escuela, aunque sí se oponía a la enseñanza del catecismo católico. En este sentido al no oponerse a la idea de Dios y la religión en general en la escuela pública, era partidario de una auténtica laicidad y no del laicismo que finalmente resultó, consecuencia de un exacerbado positivismo, que en cierta medida, de la mano de los aplicadores de la reforma, fue más allá de lo que postulaba Varela.

La reforma de la enseñanza en nuestro país coincide con las dos décadas en que Jacinto Vera estuvo al frente de la Iglesia uruguaya y en las que José Pedro Varela desarrolló su labor intelectual. Época en que se acelera y profundiza la transformación ideológica que identificamos con la modernidad. Y allí estuvo la Iglesia -bajo el gobierno del Siervo de Dios- intentando frenar los embates con los que se pretendía eliminar la religión, en primer lugar, del ámbito educativo y, luego, del espacio público en general. La reforma escolar constituye uno de los primeros hitos del proceso secularizador que se extenderá luego al resto de los ámbitos de nuestra sociedad, hasta la reforma de la Constitución de 1918.

Una vez más, como siempre, se manifiesta la postura de Vera, quien fiel a su misión de pastor, defiende los derechos de la Iglesia en un Estado que se confiesa católico y en el que la mayoría de la población profesa esta fe. Por lo que, excluir la enseñanza de la religión en la escuela era un acto que en definitiva no hacía honor a la democracia ni respetaba la conciencia de la casi totalidad de los habitantes de la República. Es necesario defender los derechos fundamentales de conciencia y de paternidad, que el liberalismo estaba cercenando, aún cuando pretendiera llevarlos por estandarte.

Pero no se trataba de luchar por la permanencia de una hora semanal de clase de religión en la escuela. Así lo hacía saber Mons. Vera: *“¿En qué consiste una verdadera instrucción religiosa y popular?. No consiste únicamente en la recitación del catecismo, ni en la explicación en una hora determinada del dogma y de los principios fundamentales del cristianismo; se requiere la presencia constante y siempre activa de la fe y de la influencia religiosa en las escuelas; debe ser una educación popular dada en medio de una atmósfera y en presencia de una vida esencialmente religiosa”*. Se trata de la defensa del sustrato espiritual sin el cual la persona no puede lograr su plenitud. Pues, *“la religión, en fin, la religiosidad, es el carácter esencial del espíritu humano y es aquel elemento sin el cual nada es el hombre, nada la sociedad, nada la humanidad”*.



## MARZO

### LA CREACIÓN DE LA COMISIÓN DE SOCORRO A LOS POBRES

El año 1868 no estuvo exento de hechos muy negativos. En primer lugar, fue muy convulsionado por la inestabilidad política y la crisis económica; la revolución estaba presente por todas partes y en febrero mueren asesinados el Gral. Flores y el ex Presidente Berro. A esto se añadía la guerra con Paraguay que sumaba muertos y heridos, y aumentaba las enfermedades contagiosas.

En este ambiente de la guerra, en abril de 1866 había comenzado a actuar el cólera en el ejército aliado (Brasil, Argentina y Uruguay), y un año y medio después comenzó a extenderse la epidemia al Río de la Plata. Si bien por momentos parecía que el mal se estacionaba, el 31 de diciembre de 1867, mientras Mons. Vera se había tomado unos días de descanso, o para realizar sus Ejercicios Espirituales, le comunicaron -tal como él lo había pedido- que la epidemia se había declarado nuevamente en Montevideo, rebrote que ocasionó muchos muertos entre enero y julio de 1868.

Fue muy importante la actividad de las Hermanas de la Caridad, quienes atendían en su Hospital a los heridos que llegaban de la guerra, y también el trabajo de los sacerdotes en la atención espiritual a los enfermos, aún a riesgo de contagio. Pero fue el Siervo de Dios quien no tuvo medida en su entrega sacerdotal para con los que padecían el mal. Y, precisamente, viendo las necesidades de los desvalidos, para los que las consecuencias de la epidemia eran mayores, pues por las cuarentenas quedaban sin trabajo y sin sustento, así como las familias que resultaban abandonadas, creó la “Comisión de Socorro de Pobres de la epidemia del cólera”. Dicha comisión

fue presidida por él mismo, fue el primero que aportó materialmente para la misma, y todos los jueves se reunía la comisión central en su propia casa. Mientras tanto, una comisión permanente se reunía todas las noches, contando además con una comisión de compras y otra para atender a los que quedaban huérfanos por la epidemia. Todo muy bien organizado para atender a los que más lo necesitaban.

Y si bien siempre fue apoyo y estímulo para quienes trabajaban por el Reino de Dios, como las religiosas y los sacerdotes, lo fue aún más en estos momentos de grandes sacrificios; fue sostén y consuelo para los que en estos momentos estaban como él, totalmente entregados al cuidado de los enfermos y moribundos a causa de la epidemia. La misma acción caritativa mantendrá en 1873, con la Comisión -que nuevamente se activará-, cuando sobrevenga la epidemia de fiebre amarilla.

Esta actitud, que en su vida fue constante cada vez que era preciso socorrer a los más necesitados, es reconocida por todos aquellos que fueron edificados por su ejemplo. Así, Mons. Inocencio Yéregui, en el testimonio que escribe sobre la vida del Siervo de Dios, al recordar este hecho nos dice: *“Desde enero de 1868, el mortífero cólera morbus, hacía estragos en Montevideo. El señor Vera fue el Capellán constante de los hospitales y casas particulares, donde acudía de día y de noche, con admirable valor Apostólico, a confesar enfermos, aún los más desgraciados y pobres, exponiendo evidentemente su vida, a una muerte casi segura. Fundó entonces la Comisión llamada por él mismo, de Socorro a los Pobres, que, compuesta de personas llenas de abnegación y caridad, como su fundador, trabajaron incansables, en ayudar las desgracias, en toda la Ciudad: Cordón, Aguada, Unión, Cerro, etc., etc. Esta comisión funcionó después con igual celo, en diversas epidemias que atacaron a este pueblo”*.

Pero no es este el único testimonio, son muchos los que alaban y admiran la conducta de Don Jacinto en estas situaciones: *“Se le reputaba como un hombre lleno de virtud y santidad y llevaba el signo de predestinado. Esa opinión era una voz general y constante.*

*En los infortunios públicos era el alma de la caridad en beneficio de los pobres, enfermos, desgraciados y apestados”. En definitiva, todo era expresión de su amor para con el prójimo, sin duda fruto de su amor a Dios, y así lo manifiesta otro testigo de su obrar: “Era edificante verlo con los pobres; se paraba a conversar con ellos; yo he visto darles limosna hasta en el confesionario. Se desahacía por socorrer y consolar a los menesterosos y humildes, que en gran número le salían al encuentro”.*

## **PRIMERA CARTA PASTORAL, DIRIGIDA ESPECIALMENTE AL CLERO**

La primera Carta Pastoral que escribe Don Jacinto, una vez que asume como Vicario Apostólico, está prácticamente en su totalidad dedicada al clero, y sólo en una exhortación final se dirige a los fieles, para recordarles que lo que dice a los sacerdotes también se aplica a ellos.

Los temas tratados en esta Carta, de 30 de marzo de 1860, son la esencia de lo que fue su misión al frente de la Iglesia uruguaya durante casi 22 años; el centro es la evangelización como base de la vida social y política del pueblo uruguayo. Allí se hacen presentes sus grandes preocupaciones pastorales. De esa forma comienza refiriéndose a la relación entre la Religión y los Estados, para lo cual cita al que llama el “*inmortal Washington*”, quien decía: “*La Religión y la moral son los apoyos necesarios de la prosperidad de los Estados*”.

Continúa hablando de los sacerdotes, del deber de ser instruidos y santos, siguiendo el modelo de Jesucristo, preocupándose por los más débiles y necesitados, enfermos, pobres. Refiriéndose a la atención a los pobres, expresa: “*Tarea sumamente agradable, que no necesita estudio, ni preparación alguna, sino amor y buena voluntad, en obsequio de sus hermanos en el Señor. La práctica constante de la caridad que enjuga las lágrimas, que consuela e inspira amor a la Religión, que instruye en la escuela del dolor y de la resignación y que santifica al que la ejerce*”.

Habla luego de la enseñanza del catecismo, siendo del más alto interés para la sociedad civil y religiosa que los jóvenes se formen desde la infancia en la piedad y sana doctrina. En ese contexto de instrucción en la sana doctrina, advierte sobre los malos libros y las versiones de la Biblia no aceptadas por la Iglesia.

Posteriormente se refiere a la Visita Pastoral y las Misiones, comunicando: “*Hemos resuelto para llenar este tan digno objeto, el*

*hacer personalmente, y por su orden, la Visita de las Iglesias todas de nuestro Estado, en la que nada omitiremos para que los Fieles de ellas recojan los debidos frutos, a que son tan justamente acreedores*". Insiste en la importancia de los Ejercicios Espirituales para el clero, y pide orar por el Papa y por la Iglesia.

Solicita, finalmente, orar por el Gobierno, en especial por el Presidente; se trata de Bernardo P. Berro que recién asumía su mandato, y del que la Iglesia esperaba mucho: erección del Obispado, fundación del Seminario, con el consiguiente retorno de los jesuitas, que habían sido expulsados por el Presidente anterior. Es así que destaca que el Gobierno está *"presidido en la actualidad por el muy digno ciudadano Don Bernardo P. Berro, a quien la Religión y sus Ministros somos deudores de la más alta estima"*. Al fin las esperanzas se frustrarán, ya que durante la administración de Berro se da el conflicto más profundo con la Iglesia, que tiene como consecuencia la pena del destierro para el Siervo de Dios.

La gran preocupación de Don Jacinto por el clero, para que fuera instruido, santo y apostólico, que se manifiesta en esta Carta Pastoral, se traducirá luego en varias iniciativas, entre ellas, sus desvelos por la creación del Seminario, que precisamente comienza a funcionar en el mes de marzo de 1880. Para esto utilizó todos los recursos materiales que le brindaron sus bienhechores e incluso vendió todo lo que pudo de sus pertenencias, con el fin de hacer frente a las dificultades económicas que enfrentaba dicha obra. Una vez que estuvo el Seminario en funcionamiento, el Obispo pasaba mensualmente una determinada suma de dinero por cada seminarista, pues su preocupación eran los estudios serios, bien realizados, sin preocuparse por el tiempo que emplearan en terminarlos.

El 20 de febrero de 1880 entraron los primeros seminaristas al flamante Seminario, hicieron 8 días de Ejercicios Espirituales y el primer día de marzo comenzaron las clases. Desde ese momento de la apertura del Seminario Conciliar, toda-

vía como seminario menor, hasta que se llegara a los cursos superiores, tuvo el Obispo de Montevideo sus seminaristas menores en su sede, los más avanzados en Santa Fe y siempre mantuvo tres becas en el Colegio Pío Latino Americano de Roma. Hasta sus últimos días, el Siervo de Dios estuvo protegiendo su Seminario y buscando lo mejor para él.

Así, pudo recoger los frutos de lo sembrado, dejando a su muerte el clero en estado floreciente, ya que siempre fue acertado en la elección de los candidatos, eligiendo a los jóvenes que consideraba más virtuosos y de mayor talento, los que luego, como hombres y sacerdotes eminentes (Soler, Isasa, Yéregui, Stella, Bentancur, etc.), algunos de ellos, incluso, obispos sucesores en su sede, destacaron por su aporte a la Iglesia y a la sociedad.

## ABRIL

### EL CONFLICTO DE LOS CEMENTERIOS

Promediando el siglo XIX van a comenzar a ser cuestionadas y atacadas las ideas católicas, por parte de una ideología primero racionalista y luego liberal y estatista, encarnada por la masonería. Esta oposición se manifiesta frente a los Padres Jesuitas, finalmente expulsados el 26 de enero de 1859. Jacinto Vera, en la oportunidad, va a defender a los religiosos, promoviendo, en febrero, una representación de los sacerdotes ante el Pro Vicario Apostólico Juan Domingo Fernández, que no reaccionó frente a esta medida arbitraria del Presidente Pereira. En esa decisión estaba la influencia de los masones, como luego, en mayo del mismo año, se opondrán al nombramiento de Don Jacinto como Vicario Apostólico.

Estos cambios y confrontaciones ideológicas, entre los que defendían un determinado modelo de Estado y los que propendían al desarrollo de la Iglesia, serán el ámbito propicio para un hecho de importantes consecuencias en la relación entre la Iglesia y el poder político. Nos referimos al entierro del masón Jacobsen y la llamada “secularización de los cementerios”, antesala del Conflicto Eclesiástico, que se inicia unos meses después.

El 15 de abril de 1861 falleció el Dr. Enrique Jacobsen (sueco o danés), afiliado a la masonería. Días antes de su muerte el enfermo solicitó los sacramentos y el día 10 lo visitó el Pbro. Manuel Madruga, Cura de San José, lugar donde se había afincado Jacobsen. Dos días consecutivos concurrió el sacerdote al domicilio del enfermo pero no consiguió que abjurara de su afiliación a la masonería, condición indispensable, de acuerdo a la normativa canónica, para que pudiera recibir los sacramentos y tuviera sepultura eclesiástica. Por tanto, advirtió a su familia, ante el mismo moribundo, de lo que significaba morir

impenitente: *“hasta ahora no he tenido con el Sr. Jacobsen sino dos conferencias familiares y como Vds. saben él es masón y de ningún modo quiere renunciar la masonería: declaro, pues, que si muere en este estado de impenitencia, no se le enterrará en Sagrado, ni se le dará demostración ninguna Eclesiástica. Puesto que muere fuera de la Iglesia”*.

El sacerdote preveía lo que se avecinaba, pues, a la muerte del masón, no podría realizar las exequias ni darle sepultura eclesiástica, y si lo hacía, produciría un grave escándalo entre los fieles. Por ello, el día 11 escribe al Vicario Apostólico Vera, para tenerlo al tanto y recibir instrucciones. Jacobsen muere y ante la negativa de realizar las exequias, el cadáver es llevado a Montevideo, donde el Vicario General, Pbro. Victoriano Conde, en ausencia del Vicario Apostólico, realiza la misma prohibición en la Iglesia Matriz. Aunque igualmente el cortejo fúnebre se dirigió al templo, no se les permitió la entrada, pero el Gobierno autorizó el entierro, a pesar de la prohibición de la Iglesia, que tenía a su cargo los cementerios-terrenos sagrados destinados a los católicos-. Claramente se violentaba la libertad de la Iglesia en su culto, concretamente los ritos fúnebres.

La prensa ventilaba con intensidad el enfrentamiento de posturas y la gravedad de la cuestión, no sin artículos insultantes contra la Iglesia. El Vicario General, en tanto, pide al Ministro de Gobierno que cumpla con su obligación de proteger a la Iglesia del Estado y repare la violación hecha al cementerio, exhumando el cadáver de Jacobsen. Pero el Gobierno no consideró que se hubiere realizado ninguna violación al cementerio, y, además, mediante un decreto, el 18 de abril, establece un conjunto de disposiciones; ordena que a partir de ese momento los cadáveres sean llevados directamente de la casa mortuoria al cementerio, sin pasar por la Iglesia. Este decreto, conocido como “secularización de los cementerios”, reconoce que ahora es el Estado quien dispone de estos espacios. La Iglesia ya no poseerá propiedad ni jurisdicción sobre

los mismos, y, por tanto, dejarán de ser lugares sagrados. Pero no se quitó el servicio religioso, pues se establece que habrá un sacerdote capellán del cementerio.

En esos momentos el Siervo de Dios se encontraba misionando en Canelones, pero regresado a Montevideo aprobó lo actuado por Conde y declaró en entredicho el cementerio (se prohibía la sepultura cristiana), hasta que no se exhumara el cadáver de Jacobsen. Disposición esta que fue comunicada al Ministro de Gobierno, Eduardo Acevedo, a la Junta Económico Administrativa de Montevideo (encargada de hacer cumplir el decreto), a los sacerdotes y fieles. Así se expresaba: *“Siento decirlo, pero es un deber muy sagrado de mi ministerio el manifestar clara y terminantemente, que el cementerio público está violado por el hecho de haber dado sepultura en él a un cadáver, no sólo sin la debida autorización eclesiástica, pero lo que es más sensible contra la voluntad y expresa prohibición del Prelado”*.

Pero como la autoridad eclesiástica no quería enfrentamientos, se inician conversaciones con el Gobierno del Presidente Berro. Don Jacinto deja de lado la pretensión -ciertamente muy improbable- de la exhumación del cadáver; pide solamente poder bendecir el cementerio, por haber sido enterrado en un campo santo católico un masón impenitente. Ello es aceptado, reconociendo implícitamente el Gobierno la presencia de la Iglesia en los cementerios, aunque las cosas no volvieran a su estado anterior. La paz llegó el 30 de abril con la bendición del cementerio y el levantamiento de la censura que el Vicario Apostólico había impuesto al lugar; aprobaron el reglamento para los capellanes de cementerios, aceptándose el nombramiento como capellán del Pbro. Lázaro Gadea. Y para evitar conflictos semejantes en otros cementerios, Don Jacinto ordenó que en adelante se bendijese cada tumba en forma individual.

Como vemos, el Siervo de Dios, encuentra el conflicto iniciado, no desautoriza al párroco ni al Vicario General, mos-

trando la solidaridad y el apoyo a sus colaboradores, asumiendo la situación con firmeza, defendiendo la libertad y los derechos de la Iglesia y sufriendo los ataques, a la vez que busca la paz, dando forma a una salida al conflicto, sin pretender más que lo justo.

## DON JACINTO, MISIONERO INFATIGABLE

De la acción de Jacinto Vera al frente de la Iglesia del Uruguay, impresiona fuertemente su celo apostólico, verdaderamente extraordinario, para difundir las verdades de nuestra fe y la práctica de los sacramentos por todo el territorio de la República, mediante las Visitas pastorales y las Misiones, que no se realizaban en la campaña desde hacía muchísimo tiempo. Precisamente en el mes de abril de 1860 dará inicio a la primera gran misión, que en la oportunidad se extenderá hasta enero de 1861. El 25 de abril de 1860 parte hacia la Villa de San Pedro del Durazno, dirigiéndose luego a Porongos, Florida, San José, Colonia y Soriano. En cada lugar pasaban muchos días, administrando los sacramentos, que se contaban por miles y miles, enseñando la doctrina, consolando y auxiliando a los necesitados, ejerciendo la vigilancia al clero, dando normas, etc. A esta primera gran gira misional, que concluye entre 1865 y 1867, le seguirá una segunda que finalizará en 1875-1876, para comenzar la tercera gran gira entre 1877 y 1878, la cuál concluirá con la muerte del Siervo de Dios en Pan de Azúcar.

Como vemos, durante todo su ministerio, hasta el mismo momento de su muerte, fue un misionero infatigable, sufriendo grandes privaciones y venciendo dificultades increíbles, para buscar el bien de las almas, pues sabemos de lo sacrificado de estas giras. Entonces no había caminos, ni buenos medios de transporte -fundamentalmente caballo o carreta-, ni facilidad de comunicación en una campaña muy despoblada y con múltiples peligros (guerras civiles, malhechores, jauría de perros cimarrones, arroyos crecidos, etc.); muchas veces tenía que hacer largas jornadas sin encontrar donde descansar y comer, sin contar las inclemencias del tiempo (calor, frío, temporales de lluvia, etc.). Además, en las misiones la vida era muy austera, con carencias de todo tipo, sin suficientes horas

de descanso tras agobiantes jornadas de atención a miles de fieles, en las que, entre otras cosas, pasaba hasta seis horas confesando.

Las misiones siempre las realizaba acompañado de sacerdotes, quienes le ayudaban, a la vez que se sentían edificados por su testimonio. Y esto lo comprendemos al escuchar al cronista que relata su última misión, en Pan de Azúcar, quien, además, nos interpela: “¿Saben nuestros lectores el trabajo de una de esas Misiones, a que veíamos partir a nuestro perdido Prelado?... parece imposible que resistiese aquella vida de labor y sacrificio”. Y pasa a contarnos como era una jornada en dichas misiones, “las que absorbían la tercera parte del año del viejo Apóstol”. Así se desarrollaba su día: “Se levantaba a la 4 o 4 y media de la mañana: después de una meditación que se prolongaba más o menos, según el trabajo de la Misión pasaba al Confesionario hasta las 8 y media, hora en que celebraba el Santo Sacrificio: volvía a confesar nuevamente a las nueve y media o 9 y tres cuartos, a cuya hora tomaba su primer desayuno, que consistía en algunos mates de yerba. Rezaba entonces su Oficio de la mañana: y tornaba a la Iglesia a dar una pequeña instrucción al Pueblo, previa al Sacramento de la Confirmación, que administraba a 200 o 300 personas, término medio. Rendido, pero contento y afable, se sentaba entonces a su mesa frugal, rodeado de sus misioneros. Descansaba en su lecho un cuarto de hora o veinte minutos, después de la comida, y volvía a su confesionario, consuelo y refugio de tantos, donde permanecía hasta las tres o tres y cuarto. Rezaba entonces su Oficio de la tarde, y muchas veces confirmaba nuevamente, pasando en ese fatigoso trabajo, unido al confesar, hasta las 6 de la tarde, hora en que daba comienzo la Misión, la que duraba hasta las 8 o las 8 y media de la noche. Esa hora la destinaba a confesar a los hombres solamente lo que duraba hasta las 10 o las 11. Entonces cenaba rápidamente, y caía rendido en su lecho, para abandonarlo al día siguiente a las 4 o 4 y media de la madrugada, y continuar su penosa tarea”.

Repasando estos testimonios y observando la entrega del Pastor en la tarea evangelizadora, podemos entender fácil-

mente y afirmar que el despertar religioso de nuestra campaña es obra de Don Jacinto. Llegó a los lugares donde nadie había estado, hasta el último rancho, recorriendo toda la geografía del país al menos tres veces, a través de miles y miles de kilómetros.

Pero no es sólo en la campaña donde realiza la actividad misionera, sino también en Montevideo, primero, a través de su testimonio de caridad, pobreza y humildad, verdaderamente proverbiales, así como su piedad, oración, devoción a la Eucaristía y a la Virgen (en su escudo episcopal aparece el corazón de María traspassado la espada, un jacinto y una palma, con la leyenda: “Jacinto Triunfará por María”). Pero, además, por el modo como transcurrían sus jornadas: confesaba desde temprano, en su confesionario en la Catedral frente al altar de San Pedro, antes y después de celebrar la Santa misa, y, luego, se le veía, diariamente, caminando por las calles de Montevideo visitando a sus feligreses, recorriendo las camas de los hospitales y las desmanteladas habitaciones de los pobres.

## MAYO

### LA PARTIDA DE JACINTO HACIA LA CASA DEL PADRE

La muerte del Siervo de Dios, acaecida el 6 de mayo de 1881, fue uno de los acontecimientos más tristes que vivió el pueblo uruguayo, porque sin duda fue la personalidad más conocida y querida del siglo XIX. El amor mostrado por los miles y miles de personas que acompañaron ese penoso momento, los ecos en la prensa y lo que de él dijeron aún sus opositores, son una muestra elocuente de la grandeza de su figura.

Su última misión, en Pan de Azúcar, marcó el fin de una vida de amor, entrega y sacrificio. Fue el gran evangelizador de nuestra Patria, recorriendo constantemente el territorio uruguayo en sus características Misiones. Limitaciones materiales, precarios medios de transporte, peligros de la campaña, nada pudo frenar su determinación por llevar la Palabra y los Sacramentos hasta los últimos rincones, allí donde nadie había llegado con el mensaje de salvación.

En medio de esta actividad, a la que consagró su vida, lo encontró la muerte, a los 67 años, el 6 de mayo de 1881. Estaba cumpliendo con su tercera gran gira misionera por el país, las que eran muy conocidas desde que había asumido como Vicario Apostólico, 22 años antes. En sus últimas horas de vida, no solo se oponía a que le llamaran médico, sino que el día 4, apenas 48 horas antes de su muerte, se propuso levantarse a todo trance, para administrar la confirmación al pueblo: *“¿No ven toda esa pobre gente, venida quizá de larga distancia, decía a los que se oponían a su presentación, y que me está esperando?. No puede ser: me levantaré abrigado, y confirmaré sentado aquí en mi habitación”. Quería ver cumplido su deseo de morir trabajando: “Pido a Dios, decía constantemente, que no permita que sea viejo inútil, y que dé una enfermedad corta, para morir trabajando”.*

Y así fue; la tranquilidad y serenidad con que se preparó al encuentro definitivo con el Señor, luego de una inesperada indisposición física, confirman la forma como vivió, entregado a su ministerio. Por eso, el Santo Obispo, con la habitual dulzura de su rostro, oprimía contra su pecho un crucifijo, y cuando acabó de recibir el último de los Sacramentos, expresó con íntima satisfacción: “*YA ESTÁ TODO*”.

Las muestras de dolor fueron enormes, como su funeral. Ya en el momento en que se transportaba su cuerpo, en carreta, desde Pan de Azúcar a Pando, todos, desde los niños hasta los ancianos, salían al camino para darle su último adiós. Como nos narra el cronista, el cortejo fúnebre debía parar a cada trecho “*para satisfacer el deseo de aquellas buenas y sencillas gentes, que, anegadas en lágrimas de sincero dolor, llegaban hasta el vehículo portador del féretro*”. No había modo de evitarlo, a pesar de que el tiempo urgía para llegar a Montevideo.

Es que “*la noticia de la muerte de Mons. Vera había corrido por toda la campaña en el costado Este, con la velocidad del rayo. ¡Cuánto lo querían! ¡Cuánto idolatraban a tan justo varón, los humildes y laboriosos labradores de nuestro país. A la verdad que sobrada razón tenían para ello. Sabido es que Mons. Vera, en todas las épocas de su vida, desde que se ordenó con los hábitos sacerdotales, todo su afán, todo su anhelo, era andar la campaña de uno a otro extremo; llegar a las más humildes chozas y casar y bautizar a todo el que podía*”. Cariño demostrado, luego, por la inmensa multitud que durante más de tres días se acercó a la capilla ardiente a venerar el cuerpo del amado Pastor.

Porque el Siervo de Dios fue grande en vida, su muerte tiene un significado especial para su pueblo, lo que queda patente en las palabras llenas de amor y emoción de la oración fúnebre pronunciada por Mariano Soler (luego primer Arzobispo de Montevideo), en las solemnes exequias de Mons. Jacinto Vera, el 8 de mayo de 1881: “*Sobre su rostro venerado yace pintada la muerte, ha caído rendido a la enorme pesadumbre de sus fatigas evan-*

*géllicas el Apóstol del Pueblo Oriental, y cual jefe heroico de su amada grey, murió peleando la última batalla en el puesto heroico del sagrado, ha convertido su mitra en corona de martirio del celo apostólico, y su báculo pastoral en palma del santo triunfo*”. Y más adelante agrega: “*Mons. Vera salvó de la ruina a la Iglesia Oriental y levantó su espíritu profundamente menoscabado en el Clero y en el Pueblo. Mas ¿cómo? Renovando la abnegación de los tiempos Apostólicos, convirtiéndose en misionero incansable y permanente de esta República, y consagrando al bien espiritual de su Grey todos sus cuidados, sus insomnios, sus esfuerzos, y hasta su misma vida*”.



## ANIVERSARIO DE LA ORDENACIÓN SACERDOTAL DEL SIERVO DE DIOS

En el mes de mayo, hay un acontecimiento del que debemos hacer memoria, como lo es la ordenación sacerdotal del Siervo de Dios. Si bien se ha considerado como fecha de la misma el 6 de junio, esta corresponde a su primera misa, en tanto que el día de su ordenación deberíamos fecharlo, aunque no se tenga plena certeza, el 28 de mayo.

El camino de Jacinto Vera hacia el sacerdocio fue muy dificultoso. En primer lugar, porque no existía en nuestro país la posibilidad de realizar los estudios eclesiásticos. Por lo que, luego de haber comenzado a formarse con el Pbro. Lázaro Gadea -quien vivía a dos leguas de distancia de su casa-, para proseguir los estudios de filosofía y teología, debía trasladarse a Buenos Aires. Esto sucedió una vez que los Jesuitas, luego de su expulsión, regresaron a esta ciudad, y abrieran su Colegio, lo que aconteció para el inicio de los cursos del año 1837. Allí comenzarán nuevos sacrificios para Jacinto, quien no teniendo los medios económicos para solventar los estudios ni el internado, igualmente será aceptado gratuitamente por los Padres Jesuitas, aunque como alumno externo.

Por tanto, no todo estaba solucionado, los problemas seguirán, debido a que tendrá que conseguirse un lugar para vivir, portando para ello sólo unas recomendaciones, entre otras las del Pbro. Manuel Barreiro. Nada mejor que escuchar el relato de Fray Cristóbal Bermúdez, amigo de Don Jacinto, quien, en referencia a esos momentos, nos narra: *“En el año 1837 un respetable Sacerdote (Dr. Castro) le dio una carta de recomendación para un amigo suyo en Buenos Aires, pero no pudiendo ser atendida dicha recomendación trató de regresar a Montevideo y como quien camina sin destino entró en la sacristía del Colegio de San Ignacio, de cuya iglesia estaba encargado el señor don Felipe Palacios, allí lo vio este señor y conociendo que era forastero le preguntó qué se le ofrecía. Entonces, Vera*

*le refirió el motivo de su venida a Buenos Aires y el mal resultado de su recomendación, por lo que se veía precisado a volverse sin poder lograr su objeto. El Señor Palacios, movido a compasión, le dijo que no se afligiese, que le procuraría un cuarto y la comida y que también lo recomendaría a los PP. Jesuitas para que lo admitiesen de estudiante externo. Vera aceptó esta oferta como una cosa providencial. Así se formó y se preparó el señor Vera para Órdenes”.*

Estas peripecias, y las que seguirán, el Siervo de Dios las soportó gracias a su gran determinación por ser sacerdote. El hospedaje que le ofrecieron era sumamente modesto, y en esas condiciones debió padecer, además, una enfermedad grave, y, en cierta oportunidad, que le robaran muchas de sus pertenencias. No obstante ello, supo ganarse el cariño de cuantos lo conocieron y también el elogio de sus maestros por los resultados académicos, dado el extraordinario aprovechamiento, fruto de su empeño como estudiante. Como también fue ejemplar en su vida religiosa y espiritual. En esa época, junto a él, como sus compañeros, se formarán quienes luego serán clérigos y laicos eminentes de la región.

En 1839, el Siervo de Dios recibió la tonsura y las órdenes menores, lo cuál sabemos, o suponemos con mucha certeza, porque a principios del año el Vicario Apostólico Dámaso Antonio Larrañaga le concedió los correspondientes permisos. Pero este camino de formación sacerdotal cambió bruscamente. En 1841, debido a la postura que asumió el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, frente a los jesuitas, se desarrolló una agresiva y violenta campaña contra ellos, que concluyó con una nueva partida de los Padres de la Compañía de Buenos Aires. Entonces, cuando se agudizaron las dificultades y aun sin haber terminado los cursos regulares, *“Vera estudió lo que era peculiar y propio de la carrera eclesiástica”*, ya que no era posible hacerlo de forma curricular.

Dadas estas circunstancias especiales, se decidió la ordenación de Don Jacinto. Aunque la fecha no consta de manera

segura, así como tampoco el obispo que lo ordenó, lo más probable es que haya sido ordenado por Mons. Mariano Medrano, Obispo de Buenos Aires, el 28 de mayo de 1841. Una semana después, el 6 de junio, festividad de la Santísima Trinidad, celebró su primera Misa, también en Buenos Aires, en la Iglesia del Monasterio de Santa Catalina.

## JUNIO

### JACINTO VERA CONSAGRA EL URUGUAY AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

En la cuaresma de 1875, Don Jacinto escribió una Carta Pastoral, como era su costumbre hacerlo cada año en este tiempo litúrgico. En ella el Vicario Apostólico se refirió a la lucha de ideas, característica de esa época, en que se cuestionaba y atacaba a la doctrina católica, utilizando, para ello, la prensa y la educación. Contra estas ideas liberales y en defensa de la verdad, se alza la voz del Pastor.

Pero ese mismo año, fue declarado Año Santo por Pío IX. El Siervo de Dios escribirá, entonces, otra Carta Pastoral, el 20 de mayo, invitando al pueblo a aprovechar las gracias del Jubileo. Y dentro del contexto del Año Santo, el Siervo de Dios decidió consagrar el Vicariato Apostólico del Uruguay al Sagrado Corazón de Jesús.

La Carta Pastoral, escrita con motivo de estos acontecimientos, describía la difícil situación y los peligros que enfrentaba la Iglesia. En este sentido, recuerda el Pastor: *“Necesario es que acudamos a la oración y a la práctica de las obras de piedad y caridad... Necesario es que acudamos a Aquel que es fuente inagotable de infinitas misericordias, Aquel de cuyo Corazón Santísimo nació la Esposa Inmaculada del Cordero, la Iglesia santa, pidiéndole acelere la hora del triunfo de aquel Divino Corazón en los corazones de todos los hombres. A ese Corazón santísimo centro y volcán del más puro amor, es a quien debemos de una manera especial volver nuestros ojos poniendo en él nuestra esperanza, en estos momentos de prueba”*.

Tal como había sucedido en distintas partes, en que los obispos acudían al Sagrado Corazón de Jesús, Mons. Vera unía su voz a la de todo el episcopado, para consagrar el Vicariato Apostólico del Uruguay al Sagrado Corazón de Jesús. Esta

consagración ordenó se llevase a cabo en todas las iglesias de Montevideo, el 4 de junio, y fuera de la capital, cuando juzgasen oportuno los párrocos. Al mismo tiempo, exhortaba a establecer la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús y la práctica de la Comunión Reparadora, donde aún no existiese.

El acto de consagración del Vicariato Apostólico al Sagrado Corazón de Jesús, en Montevideo, tuvo lugar en la Iglesia Matriz, por la noche, después de la novena. Luego, el Vicario Apostólico, acompañado del clero y presidiendo a la numerosa concurrencia de fieles, que llenaba el templo, se postró ante el altar y fue pronunciado por todos el *Acto Solemne de Consagración*:

*Corazón de Jesús:*

*Tú eres nuestro consuelo y nuestra esperanza.*

*Humildemente postrados en tu presencia,*

*te pedimos perdón de nuestros pecados.*

*Proclamamos que queremos vivir y morir en tu servicio*

*y corresponder dignamente a tus soberanos designios de misericordia en favor de la Iglesia y de la sociedad.*

*Te consagramos nuestras personas y nuestras familias,*

*nuestros intereses y nuestros bienes,*

*el presente y el porvenir.*

*Te rogamos, Señor, acojas benigneamente nuestras plegarias*

*por tu Santa Iglesia,*

*por la conversión y salvación de los hombres,*

*por la paz y prosperidad de nuestra patria y de todos los pueblos.*

*Amén.*

*¡Corazón Santísimo, sálvanos!*

*¡Corazón de Jesús, ten piedad de nosotros!*

Seguidamente se entonó el Te Deum y Mons. Jacinto Vera dió la bendición con el Santísimo Sacramento. De esta forma, desde ese momento, nuestro país quedó consagrado y bajo la protección del Sagrado Corazón de Jesús.

Unos años más tarde, en 1879, también en el mes del Sagrado Corazón y en el día de su fiesta, el 20 de junio, el Siervo de Dios consagrará la niñez al Sagrado Corazón de Jesús. Para ello, invitó a todos los colegios y a los padres de familia para unirse a este gran acto que tuvo lugar en la Iglesia Matriz a temprana hora de la tarde, el cual congregó a unos 6000 niños que colmaron el templo. Así, la niñez, como porción elegida del pueblo de Dios, quedó consagrada al Divino Corazón.

**MONS. VERA,  
FORJADOR DE LA IGLESIA URUGUAYA**

En el mes de junio de 1861, el Siervo de Dios se encontraba misionando en localidades cercanas a Montevideo, después de haber dado inicio a la primera gran gira misionera, que se había realizado desde abril de 1860 a enero de 1861. En esta oportunidad, luego de haber misionado en abril de 1861 en su antigua parroquia de Villa Guadalupe (Canelones), a mediados de mayo, Jacinto se encuentra en Pando; a fines de mes parte hacia Santa Lucía, y luego, promediando el mes va a Sauce, donde permanecerá desde el 15 hasta el 22 de junio. Durante estos días administró la confirmación a mil quinientas ochenta y ocho personas. El 23 de junio estaba en Pando donde permanece hasta su regreso a Montevideo, en los primeros días de julio.

No conocemos muchos detalles de esta misión que el Vicario Apostólico realiza en estos lugares, pues en esos primeros años de su gobierno no acostumbraba registrar las visitas, como si lo hará más tarde. Quizás esta misión realizada en los pueblos de Canelones, debido a la cercanía a Montevideo, no tuvo las dificultades en el traslado que ocasionaban otros lugares más alejados, pero el resto debe de haber sido muy similar a las otras misiones.

Pero no solo a las misiones se redujo la actividad del Siervo de Dios al frente de la Iglesia del Uruguay, ya que Jacinto Vera fue un trabajador incansable por establecer en nuestro país la jerarquía eclesiástica. De esta forma, siendo Vicario Apostólico, fue nombrado Obispo, designándosele con el título de Obispo de Megara, hasta que se crea la primera jurisdicción eclesiástica en Uruguay, al erigirse la diócesis de Montevideo y se elige al Siervo de Dios como su primer Obispo.

Pero este proceso supuso un gran trabajo de organización, el que realizó no sólo con esfuerzo, responsabilidad, obediencia

y fidelidad a la Iglesia, sino también con un gran espíritu de caridad, bondad, justicia, fortaleza y otras tantas virtudes que resplandecen en la santidad de su vida.

En esta gran tarea de dar forma y un sustento sólido a la Iglesia en Uruguay, hubo preocupaciones prioritarias, entre ellas se encuentra la formación intelectual y espiritual del clero. Pero, además, Don Jacinto también se preocupó -desde que asumió como Vicario Apostólico- por la formación de los laicos, la creación de obras de piedad y caridad, la prensa, la educación, el traer distintos institutos religiosos -tanto masculinos como femeninos-, la erección de parroquias, etc. Sin olvidar su gran labor misionera, en sus interminables y casi permanentes giras por toda la República.

En momentos de gran confrontación ideológica, primero con el racionalismo y luego con el positivismo y el liberalismo, con la bendición de Vera, comenzó a funcionar en su propia casa el Club Católico, el 24 de junio de 1875, que reunía lo mejor del laicado. Al año siguiente, en aras de la preparación intelectual con nivel universitario de los laicos, se abrió el Liceo de Estudios Universitarios. Ambos emprendimientos estuvieron dirigidos por el impulso del joven sacerdote Dr. Mariano Soler, que en todo momento encontró el decidido apoyo y colaboración del Siervo de Dios.

Pero, como decíamos, esta obra de organización de la Iglesia, se complementa y será realmente efectiva por sus muchas virtudes como Pastor, puestas de manifiesto en su desvelo por el bien de las almas. Era conocido por todos por sus consejos, en los que infundía una confianza que denotaba su esperanza y confianza en Dios. Y era característica su constante alegría y el buen humor en todo momento, aún en lo adverso. Tenía gran amor por los niños. Se veía en él un hombre de excepcional humildad y de una bondad manifestada en todos los actos de su vida.

Su espíritu de caridad lo llevaba a privarse frecuentemente de lo necesario para sus necesidades. A tal punto que en una

ocasión, como en tantas otras, el Padre Luquese, su Secretario, se lamentaba de que Monseñor había dispuesto de dineros que tenía reservados para gastos de su casa, para atender el pedido de un necesitado que había recurrido a él en un caso de apremio. La vida de Mons. Vera era un apostolado de caridad, al extremo que las personas que lo rodeaban tenían que cuidar los pocos emolumentos que recibía para que no se quedara sin nada.

Son muchos los testimonios de su constante amor a Dios y su caridad con el prójimo, de los que compartimos esta anécdota de un testigo directo, en ocasión de una visita de Don Jacinto a la ciudad de Minas. El cronista afirma haber tenido *“el honor de haber acompañado en su mesa al Padre de los Pobres”*, tal como le llamaban al *“Santo Prelado”*. La piadosas damas de la población no cesaban de hacerle llegar obsequios, como signo de cariño, respeto y admiración; al punto que *“la amplia mesa quedó cubierta de postres de diversas clases. Monseñor Vera dirigiéndose a los comensales, con aquella sonrisa angelical tan característica en él, nos dijo: ¿Qué les parece que todo esto que es demás, lo distribuyamos entre los pobrecitos que muchas veces no tienen lo más indispensable para su sustento?... La fisonomía del padre de los necesitados se iluminó, con la idea de que aquellos que eran su constante preocupación, los pobres, iban a recibir con regocijo aquellos obsequios”*.

Perdonó, sin rencor, a todos los que lo ofendieron y a todos los que trataron de perjudicarlo, tanto antes como después de hacerse cargo del Vicariato Apostólico. Y no solamente perdonó generosamente, sino que contagió a los que eran allegados a él para que perdonaran también. Así fue extendiendo, el Siervo de Dios, a través de su testimonio de Pastor ejemplar, su fama de santidad.

## JULIO

### EL NACIMIENTO DEL SIERVO DE DIOS JACINTO VERA Y DURÁN

El mes de julio nos convoca a hacer memoria del nacimiento del Siervo de Dios Jacinto Vera. Cada año, el 3 de julio, celebramos su cumpleaños. Pero en este año 2013, existe la particularidad que este cumpleaños es el número 200, el Bicentenario de su nacimiento. En medio de los festejos de estos años de Bicentenario del proceso de emancipación de nuestra Patria, festejamos, también, los dos siglos del nacimiento de nuestro primer Pastor, hecho que ocurrió en época del gobierno artiguista, cuando la Banda Oriental se encontraba en plena revolución.

Jacinto Vera y Durán nació el 3 de julio de 1813 frente a Santa Catarina (Brasil), en el barco que traía a sus padres, que desde Canarias emigraban a estas tierras. Fue bautizado, el 2 de agosto, en la Parroquia Nossa Senhora do Desterro (hoy Florianópolis), entonces perteneciente a la diócesis de São Sebastião de Río de Janeiro. Sus padres nacieron y vivieron en la isla de Lanzarote; eran descendientes de vecinos de Tinajo, una población de algunos centenares de habitantes. Precisamente, dada la situación de conmoción de la Banda Oriental, lugar donde sus progenitores pensaban radicarse, quedaron en Brasil y recién llegaron a estas tierras cuando Jacinto tenía entre dos y siete años, ya que no se sabe la fecha con exactitud.

Sus padres, Don Gerardo Vera y Doña Josefa Durán y Martín, fueron trabajadores del campo, gente humilde y muy piadosa que inculcó a Jacinto desde pequeño el amor a Dios. Jacinto era el cuarto de cinco hijos. Su padre arrendó una fracción de campo en Maldonado, en la zona del Abra del

Mallorquín, y después se trasladaron a Toledo donde compró una porción de tierra. Allí, en la capilla Ntra. Sra. del Carmen, llamada de Doña Ana -dependiente de la parroquia San Isidro de las Piedras-, que quedaba a una legua y media de su casa, Jacinto recibió su primera comunión. Pero también la familia iba a Montevideo y frecuentaba el Convento de San Francisco, donde acompañado por su madre, Jacinto, celebró por primera vez el sacramento de la reconciliación.

Entre los testimonios de su niñez, el Pbro. Jerónimo J. Silva, afirma al respecto: *“Oí a mis padres referir repetidas veces que, teniendo mis abuelos maternos, Don José de Armas y Doña María Estévez de Armas, en Toledo una tabona (molino), el joven Jacinto Vera llevaba a dicho establecimiento a caballo la molienda, es decir, las bolsas de trigo para moler en la citada tabona y que, mientras cabalgaba iba rezando y estudiando sus lecciones”*. Y agrega: *“Por tener un lejano parentesco con el Siervo de Dios se ha conservado en mi familia el recuerdo de las virtudes familiares como de buen hijo, buen hermano, buen amigo, de tal manera que mis padres nos lo proponían como modelo de esas virtudes”*.

Gerardo Vera, contribuyó con su trabajo y también con materiales a la construcción de la Casa de Ejercicios de Montevideo, trabajo en el que lo acompañó su hijo Jacinto. Será precisamente allí, unos años después, donde Jacinto participando de una tanda de Ejercicios se descubre llamado por el Señor para el sacerdocio.

El Siervo de Dios vivirá con sus padres, dedicándose a las actividades rurales hasta los 23 años. Será reconocido por todos el gran cariño que durante toda la vida Jacinto profesó a sus padres, con los cuáles fue sumamente bueno y afectuoso. También esta experiencia de vida rural explica la simplicidad y naturalidad en el trato con la gente del campo, que lo va a caracterizar a lo largo de todo su ministerio, como Cura y Obispo “gaucho”.

De hecho, el recuerdo de su infancia y de los lugares donde se crió los mantendrá durante toda su vida, al punto que en

su última misión, en Pan de Azúcar, donde lo encuentra la muerte, manifiesta su predilección por esos parajes y por sus pobladores: *“Mucho os agradezco, mi muy queridos hijos, las demostraciones de cariño, que me prodigáis. Diría que vosotros tenéis títulos para ser objeto de mi preferencia paternal, si esto pudiera caber en el alma de los padres, con respecto a los hijos. En estas inmediaciones me he criado y pasé mi niñez como vosotros; como vosotros he sido campesino, y he trabajado como vosotros trabajáis. Ya podréis, pues, imaginaros con cuanta satisfacción bendeciré vuestra vida y vuestros trabajos”*.

**MONS. JACINTO VERA,  
PRIMER OBISPO DEL URUGUAY**

En este mes de julio, nos encontramos con otros hechos muy importantes en la vida del Siervo de Dios. Nos referimos a la consagración episcopal y al nombramiento de primer obispo de Montevideo, ambos acontecimientos acaecidos en el mismo mes, aunque con trece años de diferencia.

En el consistorio del 17 de setiembre de 1864 Mons. Jacinto Vera fue preconizado como Obispo, con el título de Megara -el territorio uruguayo todavía no constituía una diócesis- y el 22 de setiembre Pío IX promulgó la Bula de nombramiento. Todo fue muy rápido, debido al pedido del Presidente Atanasio Aguirre, que quería ver consagrado Obispo a Vera en el transcurso del año que duraba su mandato, y también al gran afecto que le profesaba el Papa a Don Jacinto.

Pero la ordenación aún tardará; primero por el tiempo que demoró en llegar la Bula de nombramiento, y, luego, porque Uruguay estaba en guerra civil; por lo que recién el 29 de abril de 1865, el Siervo de Dios recibió el pase para la ejecución de la Bula pontificia, de acuerdo al derecho de Patronato, es decir, el visto bueno que debía otorgar el Gobierno al nombramiento de Roma. Así lo narraba Jacinto al Papa Pío IX, en una carta: *“Luego que recibí la Bula hice la manifestación que exigen los Gobiernos de estos países, presentándola al Presidente de la República, y empezó entonces la tramitación oficial, que duró hasta el 29 de Abril, en que me fue devuelta por disposición o decreto del Gobierno del Sr. General Flores”*.

Superada esta dificultad, se le comunicó al Gobierno, con quien se mantenían muy buenas relaciones, la realización de la ceremonia, así como la llegada del Obispo de Buenos Aires para la misma. La consagración episcopal tuvo lugar el domingo 16 de julio, en la Iglesia Matriz, de manos del Obispo de Buenos Aires, Mons. Mariano José de Escalada, acompañado por dos

clérigos del Cabildo Eclesiástico porteño, quienes eran amigos del Siervo de Dios y habían sido compañeros de estudios en el Colegio de los Jesuitas. El principal clero del Vicariato participó activamente, y los integrantes del Gobierno asistieron en pleno, presididos por el Gobernador Delegado, Dr. Francisco A. Vidal, dado que el Gral. Flores se encontraba en la guerra del Paraguay. La concurrencia de fieles, ante una celebración tan anhelada, fue masiva, desbordando el espacio del templo.

Pasados los años, en mayo de 1878, se envió en misión ante la Santa Sede al Pbro. Inocencio María Yéregui, Vicario General de Mons. Vera. El Gobernador provisorio, Lorenzo Latorre, enviaba dos cartas al Papa, una para solicitar que el Vicariato fuera elevado a la dignidad de Diócesis de la República Oriental del Uruguay, o sea, la erección del Obispado, y otra para pedir que fuera nombrado Vera como primer Obispo. Esto motivado *“por sus virtudes, infatigable celo, espíritu apostólico y grandes servicios prestados a la Iglesia de la República, cuyos destinos ha regido hasta aquí, captándose el amor y la veneración de todos los católicos, así como el respeto y aprecio de los habitantes de la República”*. En Roma se era totalmente favorable a la petición, pero pesaba siempre la seguridad y suficiencia del aporte económico del Estado para la viabilidad de la Diócesis. Una vez asegurado este punto ya no hubo problemas.

Así, el 13 de julio de 1878, el Papa León XIII promulga la Bula de erección del Obispado de Montevideo. Se suprime el Vicariato Apostólico, eleva la ciudad de Montevideo a Ciudad Episcopal, eleva la Iglesia Matriz y Basílica Menor a la dignidad de Catedral, manda que se constituya el Cabildo Eclesiástico. Por último, establece que Mons. Vera, Obispo de Megara, que ha desempeñado meritoria y dignamente el Vicariato Apostólico, proceda a la ejecución de todas y cada una de dichas disposiciones.

El 15 de julio de 1878 tuvo lugar el consistorio y se suscriben las cartas de León XIII a Jacinto Vera comunicándole su

elección como Obispo de Montevideo, acompañada de otras cartas al clero y al pueblo de la Diócesis de Montevideo. A los pocos días, el Siervo de Dios se dirigió al Papa para agradecer con humildad el nombramiento, el que aceptaba por santa obediencia.

Esta gran noticia, de la elevación del Vicariato Apostólico a Diócesis directamente dependiente de la Santa Sede -separada de Buenos Aires como ya lo era el Vicariato- y de D. Jacinto como primer Obispo de la misma, se extendió rápidamente y trajo consigo una enorme alegría y multitud de felicitaciones.

## AGOSTO

### **DON JACINTO, PÁRROCO EJEMPLAR**

El mes de agosto se abre con un hecho trascendente en la vida del Siervo de Dios, como lo es su Bautismo. Como ya hicimos referencia anteriormente, el 2 de agosto de 1813, en la Parroquia Nossa Senhora do Desterro (hoy Florianópolis, Estado de Santa Catarina, Brasil), entonces perteneciente a la Diócesis de São Sebastião de Río de Janeiro, Jacinto iniciaba su vida cristiana. Pero más allá de este hecho tan importante, agosto nos convoca a reflexionar sobre otro período de su vida, como lo fue el de párroco.

Don Jacinto ejerció su ministerio sacerdotal íntegramente en la Parroquia de la Villa de Guadalupe (Canelones), desde fines de 1841 o principios de 1842 hasta 1859, es decir, desde que, una vez ordenado sacerdote (mediados de 1841), regresara al Uruguay, hasta su nombramiento de Vicario Apostólico. En este sentido, debemos recordar que en mayo de 1842, el Pbro. Juan Francisco Larrobla, que era Cura de Villa Guadalupe fue nombrado para el Curato de San Isidro de Las Piedras, y asumirá el de Guadalupe el sacerdote argentino Dr. José Vicente Agüero.

En tanto, Jacinto Vera, quien, con toda probabilidad, luego de su ordenación permaneció en Buenos Aires hasta fin de año, aparece realizando bautismos en Guadalupe, como Teniente Cura, en julio de 1842. Debido a problemas de índole político, el Pbro. Agüero debió abandonar Canelones a comienzos de 1843, por lo que el 18 de agosto de 1843 encontramos a Jacinto Vera firmando como Cura excusador, título con el que regirá la parroquia durante nueve años, hasta el 2 de agosto de 1852 en que el Vicario Apostólico Lorenzo A. Fernández lo nombra Cura Vicario interino.



En cuanto al desempeño pastoral, debemos decir que el Siervo de Dios desempeñó su Curato con virtud, con abnegación, y con un prestigio indiscutible, fruto de su infatigable trabajo apostólico y misionero. Con satisfacción completa de los feligreses y superiores. En el sitio de nueve años de la Guerra Grande se portó en forma insuperable, atendiendo a todos los que necesitaban el amparo y perdón de Dios, cualquiera fueran las opiniones políticas de los recurrentes. No se plegó a ningún bando, y se portó como buen cristiano sin fijarse en las divisas, con lo que captó todas las simpatías.

Atendía todas las necesidades de sus feligreses en los diversos pueblos por donde se extendía su extensa parroquia, de la cuál dependían pueblos y localidades como San Juan Bautista (hoy Santa Lucía), Santa Rosa y Tala. A caballo y superando cualquier inclemencia del tiempo, visitaba a los enfermos y moribundos, teniendo un especial celo por ellos, como por los pobres; con grandísima solicitud atendió a los necesitados, con cualquier vestido, aún despojándose de su misma ropa, y para hacer el bien hasta se hacía acompañar por personas de mala fama y de peligro para él.

Al respeto su sobrina, Rosario Sánchez Vera de Carranza, nos cuenta: *“Sé también que mi tío, Don Jacinto, siendo Cura de Canelones a veces no tenía ni pantalones; y dormía en un catre de lona y de patas cruzadas. Y que al tener de esto noticia la señora de Goldaráz, le regaló una cama de hierro decentita, pero no de lujo, la cual cama usó toda su vida hasta la hora de su muerte”*. También el Pbro. Jerónimo J. Silva, expresa lo que oyó: *“Oí también referir en casa que la madre de Don Jacinto solía decir a sus parientes que no sabía qué hacer con la ropa de su hijo, pues, como era tan compasivo con los pobres, les daba frecuentemente las piezas de vestir que ella le dejaba los sábados y refería el siguiente caso: un día se le presentó Jacinto pidiéndole una camisa de su padre. Pero, hijo -contestóle ella-, si el sábado te puse toda tu ropa...’ Qué quiere, madre -replicó Don Jacinto- vino aquí un pobre que no tenía camisa y se la di”*.

Cumplió su oficio a la perfección, por lo que en los diecisiete años de su curato, hasta que lo nombraron Vicario Apostólico, nunca tuvieron que decir nada de él. Todo el mundo estaba contento y lo llamaban el “Padre de los Pobres”; al punto que al despedirlo sus feligreses, cuando fue nombrado Vicario Apostólico, le regalaron un traje talar (vestidura eclesiástica), por lo deteriorado que se encontraba el que usaba. Como párroco pasó haciendo el bien, fomentando el progreso religioso y el incremento de la religión católica.

## FECHA ONOMÁSTICA DE JACINTO Y RETORNO DEL EXILIO

En el mes de agosto de 1863 se da un acontecimiento muy importante en la vida del Siervo de Dios, de la Iglesia y de nuestro país, pues Jacinto Vera retorna del exilio. El llamado Conflicto Eclesiástico, del cuál hablaremos en su momento, ocasionó que el Gobierno le impusiera al Vicario Apostólico la pena del destierro (octubre de 1862), por lo que Don Jacinto tuvo que exiliarse en Buenos Aires durante casi un año. El retorno se da en un contexto político muy especial, marcado por la revuelta propiciada por el Gral. Venacio Flores contra el Gobierno constitucional de Bernardo P. Berro. El apoyo del Presidente argentino, Gral. Mitre, a esta “cruzada libertadora” de Flores, llevó el conflicto a una situación muy grave tanto a nivel nacional como internacional. La realidad era muy angustiada, la guerra se prolongaba y los males para el pueblo también.

El Gral. Flores, quien se presentaba como defensor del Vicario Apostólico, tuvo con ello buenos resultados, ya que la gente de la campaña, que amaba al Vicario Apostólico, y los propios soldados del ejército, no querían levantar las armas contra el que decía que venía a defender los derechos de la Iglesia, a reparar las injusticias hechas a Jacinto Vera y a reponerlo en sus funciones.

Mientras la situación política era muy inquietante e inestable, Jacinto seguía en Buenos Aires su vida con normalidad, celebrando así su santo el 16 de agosto. Muchos lo felicitaron desde Uruguay, saludándolo epistolariamente con todo cariño. Así se expresaba su querido amigo el Pbro. Inocencio Yéregui: *“Aunque sé que mañana no es el cumpleaños de VS., sin embargo es San Jacinto. El principal objeto de la presente es, pues, saludarlo ex corde, como sabe VS. que lo amo, ¡y mucho! ¡Quién me diera acompañarlo!”*. En tanto, el Pbro. Martín Pérez, le contaba que lo ha-

bía felicitado en una imagen de San Jacinto de su propiedad, la que habían colocado en el templo junto a la de San Roque, lo cuál no dejó *“de causar sorpresa, pues, es la primera vez que se que van en culto público estas dos imágenes juntas. Hemos interesado el valimiento de estos dos héroes, para que obtengan del Señor, su pronta vuelta. Quiera Dios oírnos”*.

Como las cosas al Gobierno se le estaban poniendo muy adversas, algunos partidarios del retorno de Vera le volvieron a insistir al Presidente Berro sobre la necesidad de terminar con el conflicto. Por lo que el 16 o 17 de agosto, Berro escribió sus pretensiones mínimas, para permitir que el Vicario Apostólico regresara y se reintegrara plenamente a sus funciones y potestades, las que le habían sido retiradas por el Gobierno. Él mismo escribió el proyecto de un escueto decreto y los días siguientes se fueron redactando los papeles oficiales. Mientras tanto, antes de que llegasen los documentos públicos, amigos del Vicario Apostólico le escribían comentándole lo que se estaba preparando, y compartiendo, por anticipado, la alegría por su retorno.

El 19 viajó a Buenos Aires, como enviado del Gobierno, el Dr. Joaquín Requena, amigo y confidente del Siervo de Dios, gran defensor de su causa, a fin de realizar las gestiones ante él y para comunicar todo al Nuncio. El 20 se encontraron y estuvieron totalmente de acuerdo respecto a lo que el Gobierno pautaba para su regreso. También fue informado el Delegado Apostólico, Mons. Marino Marini, quien, el mismo día, le comunicó al Siervo de Dios el Breve del Papa por el que lo nombraba Prelado Doméstico; con esto Pío IX le daba una nueva muestra de afecto paternal y aprobación de su conducta, que había sido penada con el exilio.

El 22 de agosto, el Gobierno expidió el decreto en el cual, sin reconocer ningún error propio, daba por admitido de nuevo en sus funciones al Vicario Apostólico, Don Jacinto Vera. Ese mismo día, en la noche, Jacinto se embarcó, acompañado

por el Dr. Joaquín Requena, poniendo fin a su exilio. A la mañana del día 23 de agosto de 1863, llegó a Montevideo. Fue recibido con los máximos honores, por una comitiva presidida por miembros del Gobierno y el clero. Vivado por una multitud, caminó hasta la Iglesia Matriz y de ahí a su casa. Fueron muchos los que se acercaron a saludarlo en estas primeras jornadas. Sin embargo su preocupación era la situación del país, por lo que a los dos días de su llegada publicó una Pastoral, motivada por la revolución que injustamente perturbaba la paz de la República.

El domingo siguiente a su llegada, el 30, día de Santa Rosa de Lima, patrona de América, Don Jacinto, acompañado por el clero, celebró una Misa en la Matriz y cantaron el Te Deum en acción de gracias por la vuelta del Vicario. También, le hacían saber, por carta, que el Papa Pío IX, *“cada vez más satisfecho”* de D. Jacinto, en una ocasión *“después de haber hablado muy largamente sobre la constancia y prudencia, con que Él supo sostener los derechos de la Iglesia, dijo, que la República Oriental poseía un tesoro y que Monseñor Vera era uno de los Prelados de su muy especial predilección en toda la América”*. El testimonio agregaba: *“Siempre que Su Santidad habla de ese Imo. Prelado Doméstico, se enternece mucho y hasta derrama lágrimas”*.

## SETIEMBRE

### EL TRIUNFO DE LA JUSTICIA Y EL DERECHO

En el mes de julio, recordábamos la consagración episcopal de Jacinto Vera, lo cuál tuvo lugar el día 16 de julio de 1865. Pero muchos factores (dificultad en las comunicaciones, guerra civil, trámites ante el Gobierno para que aceptara el nombramiento de Roma) hicieron que dicha ceremonia se realizara casi un año después del nombramiento. Efectivamente, el Siervo de Dios fue nombrado Obispo, por el Papa Pío IX, el 22 de setiembre de 1874.

Las palabras del título, creemos que reflejan muy bien el sentir general ante el nombramiento de Don Jacinto como Obispo de Megara. Entre muchísimos que felicitaron al Siervo de Dios, al enterarse de esta gran noticia, Mons. Mariano José de Escalada, Obispo de Buenos Aires -quien al año siguiente será el consagrante-, expresa en una carta dirigida al amigo del Siervo de Dios, Dr. Joaquín Requena: *“Me ha sido, pues, de la mayor complacencia su exaltación a la dignidad episcopal, con la que se ha completado el triunfo de la buena causa del derecho, y de la justicia”*.

La erección de la Diócesis y el nombramiento de un Obispo, era una vieja y siempre presente aspiración, pues ello representaba la madurez institucional para la Iglesia uruguaya. Lo quería el Gobierno, el Delegado Apostólico, el Vicario Apostólico y en general todos, a excepción de algunos enemigos de la Iglesia, contrarios al fortalecimiento de esta. Pero, para lograr ese anhelo eran necesarias ciertas condiciones que todavía no existían; suponía tener un Cabildo eclesiástico, un Seminario y, principalmente, el compromiso económico que debía asumir el Estado para el mantenimiento de la Diócesis. Aquí estaba la mayor dificultad, ya que para el Estado -único a quien se aceptaba como garante-, no era posible integrar este rubro en su presupuesto.

Lo cierto es que una vez regresado del exilio el Siervo de Dios y habiendo recibido el título de Prelado Doméstico, normalizada la relación entre el Gobierno y la Iglesia, volvieron a surgir los intentos de concretar la creación de la Diócesis. De Roma se esperaba el pedido por parte del Gobierno y para esto el Secretario de Estado solicita al Siervo de Dios, a comienzos de 1864, que colabore con el Delegado Apostólico, para acelerar las gestiones. Pero todavía nada se podía hacer, porque además de la guerra civil, estaba por finalizar el período de Gobierno de Berro, con quien Don Jacinto había tenido grandes dificultades, hasta el punto de haber sido desterrado.

El asunto se podría encaminar con la llegada del nuevo Gobierno. Y así sucedió una vez que se instauró el Gobierno interino de Atanasio Aguirre, el 1° de marzo de 1864, quien apreciaba, admiraba y había defendido al Siervo de Dios en la complicada elección como Vicario Apostólico. De esta forma, el Delegado Apostólico comenzó las gestiones, pidiéndole a Joaquín Requena, cercano al Gobierno, que colaborara con este en el pedido ante la Santa Sede, con la esperanza de que en pocos meses podría estar erigida la Diócesis con su Obispo.

Mientras se continuaban las diligencias, en pos de lograr estos objetivos, también se era consciente que, además de la inestabilidad política, el Estado no podía asumir económicamente lo que exigía la Santa Sede para establecer una Diócesis. Por este motivo se comenzó a pensar en la posibilidad de que no se erigiera la Diócesis, pero que se nombrara un Obispo *in partibus infidelium* (al que no se le encomendaba una diócesis), para lo cual sería presentado el Siervo de Dios. Ello no representaba la aspiración total, pero, al menos, era un modo de fortalecer institucionalmente a la Iglesia uruguaya y de hacer justicia a Jacinto Vera, reconociendo su conducta y sus virtudes. Así se lo hacía saber el Dr. Requena al Delegado Apostólico: *“El señor Vera está exento de todo reproche y con pleno*

*derecho puede esperar la más completa aprobación de parte de VSI y de Su Santidad... ¿No juzga VSI que ese paso, además de justo, sería oportuno?”*. En esto coincidían todos, hasta los enemigos.

Convencido el Presidente Aguirre que, dada la situación política y económica, no podría lograr, en su período de Gobierno -sólo de un año-, la creación de la Diócesis, pide al Papa que, como paso previo, nombre Obispo a Don Jacinto: *“Entre tanto, me permito impetrar del Santísimo Padre la gracia de que invista al Rvmo. Sr. Vera de la Mitra de Obispo in Partibus, como premio a su distinguido Mérito y como un paso previo, que nos aproxime al fin que aspiramos. La Santa Sede conoce perfectamente las cualidades que adornan al Rvmo. Sr. Vera... El voto que el Presidente de la República eleva hasta el amoroso corazón del Vicario de Jesucristo es el de la mayoría de las personas religiosas y sensatas de este país...”*.

Partió como enviado a Roma el P. José Letamendi, quien llevó la documentación necesaria y realizó las gestiones ante el Sumo Pontífice y demás dignidades de la Santa Sede, quienes, a pesar de que su deseo era la erección de la Diócesis, mostraron gran complacencia en nombrar a Don Jacinto, Obispo *in partibus infidelium*, dado el gran aprecio de que gozaba en la corte romana. De este modo, el 4 de agosto de 1864, el Papa Pío IX le escribe al Presidente Aguirre anunciándole la decisión del nombramiento episcopal, y el 22 de setiembre promulga la correspondiente Bula.

## EL PRIMER VIAJE A EUROPA

Si bien el episodio que recordamos se da entre abril y octubre, lo evocamos ahora, en cuanto que parte del mismo, y especialmente su regreso, transcurre en el mes de setiembre. Nos referimos al primer viaje a Europa del Siervo de Dios, en el año 1867, dada la invitación que realizara el Papa a los obispos del mundo, para celebrar el 18° centenario de la muerte de San Pedro. Enterado Don Jacinto de este acontecimiento, comenzó, a principios de 1867, a proyectar su viaje.

En marzo llegó la invitación oficial, y aunque tenía dificultades económicas, pudo más su amor a la Iglesia y su profunda comunión con el Papa y, poco antes de emprender el viaje, confirmó su presencia en las celebraciones. Así se lo expresaba al Secretario de Estado de la Santa Sede: *“Animado del más vivo deseo de acudir al llamado de Nuestro Santísimo Padre, hubiera inmediatamente contestado a V. Emma., comunicándole mi decisión de ir a postrarme a los pies de Su Santidad, pero se presentaron algunas dificultades que era necesario allanar”*.

El Siervo de Dios fue el único Obispo del Río de la Plata que acudió a la cita, incluso el Arzobispo de Buenos Aires le pidió que lo excusara en Roma. El 29 de abril se embarcó acompañado de tres sacerdotes. Arribaron a Río de Janeiro y desde ahí continuaron el viaje con algunos obispos brasileños, con los cuales, luego, Don Jacinto conservaría la amistad. El 2 de junio desembarcaron en Lisboa, luego siguieron a Barcelona y Marsella, y el 19 de junio arribaron a Roma. Al día siguiente, fiesta de Corpus Christi, asistió a la misa papal y a la procesión en la plaza de San Pedro.

Pero si esta celebración lo emocionó, el día 29, la gran solemnidad de los Santos Apóstoles, será memorable. El impacto que causó este gran acontecimiento eclesial en el alma del Siervo de Dios, él mismo lo describe, en una carta, a su amigo Joaquín Requena: *“El día 29 fue para mí y todos lo que asistimos*

*a esa gran fiesta, un día verdaderamente memorable. Es preciso hacerse cargo del majestuoso acto, que allí se realizó. Yo le digo mi persuasión y es que el cielo estaba en ese día en la Basílica de San Pedro. Nada más puedo decirle”*.

Por el hecho de haber participado de esa celebración, recibió del Papa, como los demás obispos, el título de asistente al solio pontificio, y, luego, también le otorgarán el diploma de miembro de la Academia de la Religión Católica. El 8 de julio tuvo una audiencia con Pío IX y durante esos días se entrevistó con otras dignidades de la Santa Sede, quienes lo trataron muy amablemente.

De su estadía en Roma, nada mejor que escuchar parte de la crónica del viaje realizada por uno de los sacerdotes de su séquito, Inocencio Yéregui, quien nos cuenta: *“Nuestros recursos, que nos proporcionó la piedad de algunos fieles, eran escasos; así es que, en Roma, el señor Obispo vivió en el alojamiento que Su Santidad había preparado para los Obispos Misioneros. El nuestro estaba más contento en esa pobre habitación, que si estuviera alojado en alguno de los suntuosos palacios de Roma. Durante su permanencia en Roma, se cautivó el aprecio de cuantos le trataron”*.

El 16 de julio Jacinto deja Roma y aprovecha para visitar algunas ciudades de Europa, principalmente de Francia y España, entre otras, París, Lourdes, Barcelona, Loyola. Madrid. Yéregui afirma que en todos lados despertó gran atracción, respeto y amor, por su sencillez, caridad, alegría; *“sobre todo, los Obispos Españoles y Americanos, que le trataron, le dieron muchas pruebas de su aprecio y admiración por su abnegación y celo Apostólico. Este es un santo, decían”*.

Su viaje fue muy fructífero, pues lo aprovechó también para contactarse con superiores de comunidades religiosas que tenían casas en Uruguay, algunos de los cuales estaban ansiosos por conocerlo, como también se preocupó de buscar sacerdotes, y hasta de los pedidos que algunas personas le habían realizado.

El 10 de setiembre se encontraba en Lisboa listo para embarcarse hacia Montevideo, arribando el 8 de octubre, siendo muy bien recibido por todos. A los pocos días le escribió al Papa, quien le respondió muy fraternalmente. Se reunió, además, con el Jefe de Gobierno, Gral. Venacio Flores, a quien el Papa le había enviado de obsequio una Virgen de piedra, como gesto de cercanía entre la Santa Sede y el Estado uruguayo. En Roma quedó un excelente recuerdo del Siervo de Dios, y este a los dos meses escribió una Carta Pastoral en la que relataba su viaje, resaltaba la misión del Papa e invitaba a orar por él.

## OCTUBRE

### EL NOMBRAMIENTO DE VICARIO APOSTÓLICO DEL URUGUAY

Octubre nos recuerda el nombramiento de Jacinto Vera como cuarto Vicario Apostólico de Montevideo, con jurisdicción en toda la República -luego de Dámaso A. Larrañaga, Lorenzo Fernández y José Benito Lamas-. Pero el camino para llegar a este nombramiento tuvo muchas dificultades. En tal sentido debemos tener presente algunos antecedentes, necesarios para comprender dicho proceso. Nos ubicamos en enero del año 1859, momento en que luego del crecimiento obtenido por la Compañía de Jesús en su actividad de enseñanza, la oposición de la masonería hizo que el Gobierno de Gabriel Pereira cediera a las presiones y expulsara a los religiosos jesuitas. En este contexto de enfrentamientos, el Siervo de Dios, siendo párroco de Canelones, con valentía y decisión, se mostró públicamente como defensor de los jesuitas y de la doctrina y libertad de la Iglesia que estaban siendo atacadas.

Al mismo tiempo se estaba gestando el primer nombramiento de Don Jacinto como Vicario Apostólico -efectuado en mayo por Mons. Marini-, por lo que, debido a su actitud frente a los jesuitas, nuevamente los masones y allegados al influenciable Presidente Pereira hicieron lo posible para que no fuera electo. Mientras tanto, el Delegado Apostólico, Mons. Marino Marini, intentaba por todos los medios que el Gobierno aceptara el nombramiento Jacinto Vera, que era la persona elegida por la Santa Sede. En medio de esta situación, el Siervo de Dios, se sentía muy incómodo, no sólo porque no era su deseo ser Vicario Apostólico, sino porque los caminos propios de la diplomacia para atraer la benevolencia del Presidente Pereira, para que aceptara la designación hecha por el

Papa, no los entendía; representaban manejos muy extraños frente a su modo de proceder franco, directo y sin dobleces, propio de su carácter de gaucho.

Aunque contrariado, Don Jacinto obedecía, y el proceso se prolongaba debido a que el Gobierno aduciendo el pretendido derecho de Patronato, se resistía a un nombramiento directo del Papa, por no haber presentado sus candidatos. Tanto el Delegado Apostólico, que recibía instrucciones de la Santa Sede, como el Siervo de Dios, querían lo mismo, lo mejor para la Iglesia de Uruguay, pero se manejaban con criterios y estrategias muy distintas. Aún así, Don Jacinto reconocía prudencia y sabiduría en el Delegado Apostólico: *“Calma y mucha prudencia es lo que yo encargo: y este ha sido el proceder de Monseñor Marini, quien, como experimentado y hábil en la dirección de estos negocios ha sabido tratar el mío con la lenta prudencia que él exige”*.

Había pasado ya la mitad del año 1959 y no habiéndose logrado nada, en setiembre el Delegado Apostólico maneja la posibilidad de suspender el proceso de nombramiento en curso -opinión que tenía Vera-, y esperar tiempos mejores, ya que pronto culminaría el período presidencial de Pereira. La situación era muy particular, pues Jacinto ya había sido designado en Roma, el 8 de mayo, lo cual se sabía, e incluso recibía felicitaciones por ello, pero el Gobierno aún no aceptaba esta nominación; por tanto, se debía seguir esperando por el restablecimiento de la Iglesia que muchos esperaban que llegara con este nombramiento del Siervo de Dios al frente del Vicariato Apostólico.

A pesar del fracaso de los primeros intentos realizados en el mes de junio, pues el Gobierno sentía que había faltado su intervención, se ensaya una nueva estrategia, aceptando que el Gobierno presente una terna de candidatos, incluyendo el nombre de Jacinto Vera. El Gobierno veía así respetado su presunto derecho a la presentación de dignidades eclesíásticas, de acuerdo a su pretendido derecho de Patronato. El Sier-

vo de Dios no estaba muy de acuerdo con este proceder, pues significaba ceder al Gobierno derechos sobre la Iglesia que no eran legítimos. Pero una vez más la forma sensata de ver la realidad de Don Jacinto no coincide con la visión diplomática del Delegado Apostólico, a quien no le importa hacer ciertas concesiones al Gobierno con tal de realizar el propósito de la Santa Sede, y que de una vez Vera asumiera como Vicario Apostólico.

A fines de setiembre o principios de octubre, en forma inesperada llegó a la Delegación Apostólica la terna que el Presidente Pereira extendiera en agosto. Rápidamente, el 4 de octubre de 1959, el Delegado Apostólico expidió el nombramiento de Jacinto. Se lo comunicó a este y le dio instrucciones de cómo presentar al Gobierno el documento, y encargó a algunos allegados al Gobierno, que hicieran lo que estuviera a su alcance para que dicha designación fuera finalmente aceptada.

Cumpliendo con lo ordenado, el 21 de octubre, el Siervo de Dios, presentó al Gobierno su nombramiento de Vicario Apostólico, que a la postre era el segundo nombramiento. Pero tampoco en este momento las cosas serían fáciles, ya que había surgido una calumnia pública contra el Siervo de Dios, propiciada por un tal Juan Bautista Castro Veiga, quien denunció al párroco de Canelones en el fuero eclesiástico y civil. Nuevamente aparecía una maniobra para inhabilitar la nominación de Jacinto, impidiendo que el Gobierno diera su visto bueno (*pase o exequatur*), esta vez como denuncia inculpativa. Tanto la Delegación Apostólica como la Santa Sede desestimaron totalmente la misma, y el pueblo de Canelones salió en defensa de su párroco injustamente acusado, refiriéndose a él como *“nuestro virtuoso y digno Cura Vicario Sr. don Jacinto Vera”*. Finalmente triunfó la verdad y luego de recorrer tan azaroso camino se logró la conformidad del Gobierno.

## EL CONFLICTO ECLESIAÍSTICO

En octubre evocamos un hecho fundamental en la vida del Siervo de Dios, en la vida de la Iglesia y en nuestra historia. Nos referimos al llamado Conflicto Eclesiástico, entre el Gobierno y el Vicario Apostólico, que tiene sus puntos más álgidos en octubre de 1861 y octubre de 1862. La causa del mismo fue la injerencia del Estado en la organización eclesiástica, debido a un pretendido derecho, el derecho de Patronato, mediante el cual, los gobiernos americanos, luego de su independencia de la Corona Española se creyeron, equivocadamente, herederos de ciertos privilegios sobre la Iglesia, que la Santa Sede había otorgado a la Corona Española pero no a las nuevas repúblicas americanas.

Lo cierto es que creyendo poseer este derecho, el Patronato fue sancionado en nuestra Constitución de 1830, aunque nunca la Iglesia otorgó al Gobierno del Uruguay la autorización de inmiscuirse en sus asuntos, ni como privilegio, ni a través de un Concordato con el Estado. Entre otras cosas, este derecho de Patronato suponía que el nombramiento de los párrocos estaba sujeto a la aprobación del Gobierno. En este sentido el Conflicto Eclesiástico se precipita una vez que el Vicario Apostólico, Jacinto Vera, destituye al Cura de la Iglesia Matriz, Juan J. Brid, sin el beneplácito del Gobierno. Aunque no fue este el único enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado, sí fue el más prolongado, intenso y con mayores consecuencias. Tuvo lugar entre 1861 y 1863, durante la presidencia de Bernardo Prudencio Berro, quien fue el protagonista de la oposición a Don Jacinto, poco tiempo antes elegido Vicario Apostólico.

Más allá del desarrollo de los acontecimientos, lo importante es notar la conducta que en este conflicto asumió el Siervo de Dios, a pesar de los duros momentos que tuvo que vivir. Aunque no nos detengamos minuciosamente en la sucesión de

hechos, es bueno saber que la actitud de Vera, quien destituyó al sacerdote con total legitimidad -pues en realidad no era párroco-, le valió que el Gobierno le retirara, mediante decreto, el 4 de octubre de 1861, el *pase* de nombramiento de Vicario Apostólico, quedando como simple presbítero, despojado de su autoridad. Si bien dicho nombramiento correspondía al Papa, para que el cargo pudiera ejercerse en la jurisdicción de este territorio, por el citado derecho de Patronato, el Gobierno creía que necesitaba su aprobación (*pase* o *exequatur*).

Pero como si esto fuera poco, al cabo de un año de no solucionarse el conflicto, más allá de todos los caminos que se siguieron, y manteniéndose firme Don Jacinto en su convicción de que el Cura se debía retirar de la Matriz, el mismo Presidente decreta, el 7 de octubre de 1862, el extrañamiento (pena de destierro) para el Vicario Apostólico y el Provisor y Vicario General, Pbro. Victoriano Conde, nombrándose como Gobernador Eclesiástico Provisorio al Pbro. Juan Domingo Fernández. En este decreto se les daba tres días para la salida del país, pero el día 8 un nuevo decreto intima que la salida fuera inmediata. Don Jacinto permanecerá en Buenos Aires durante casi un año; luego de este tiempo de exilio, recién podrá volver a Uruguay y retomar nuevamente el ejercicio de su jurisdicción eclesiástica.

En virtud de estos acontecimientos, quedan patentes una serie de virtudes encarnadas por el Siervo de Dios, que contribuyen a delinear su inmensa figura. En primer lugar, es llamativa la prudencia con que se conduce y su espíritu de obediencia a la autoridad civil, a la que no se enfrenta, sino que en todos los momentos se acerca, aunque con firmeza, para solucionar el conflicto; y, también, su obediencia a la autoridad eclesiástica, que le señala como comportarse, aunque muchas veces no entienda lo que se le pide. En segundo lugar, es llamativa la fidelidad a su conciencia, cumpliendo con toda serenidad su deber, a costa incluso de renunciar a sus derechos.



## NOVIEMBRE

### IMPOSICIÓN DEL PALIO AL ARZOBISPO DE BUENOS AIRES

Su decisión de deponer al Cura de la Matriz no es un capricho, habiendo propuesto otras soluciones, y así lo aclara: *“El Gobierno sabe que el infrascrito no se decidió a dar ese paso, que le era reclamado por un deber imprescindible de conciencia, sino después de haber solicitado en vano la aprobación del nombramiento de un segundo Cura para la Iglesia Matriz, prefiriendo ese medio moderado y prudente, para remediar males que la demora y las dificultades imprevistas vinieron a reagrar, haciendo urgente aquella medida”*. Estaba dispuesto a no resistir las decisiones del Gobierno, por lo que sólo se limita a transmitir al Delegado Apostólico y a la Santa Sede los hechos tal como están ocurriendo, resignado a soportar lo que fuere por no traicionar lo que interiormente se le impone como verdad. De este modo, aconseja a todos a *“esperar tranquilos las supremas resoluciones, que el Padre común de los fieles por sí, o por su Delegado Apostólico, se dignare dictar a dicho respecto, las cuales deberán ser acatadas por todos nosotros con la más profunda sumisión y el más alto de los respetos”*.

Su deber de conciencia lo lleva a soportar el destierro, pero con la tranquilidad interior y la convicción de que está obrando acertadamente. Se pone en evidencia la fortaleza del Siervo de Dios, sosteniendo los derechos propios de la Iglesia, frente a las indebidas intromisiones del poder civil que querían una Iglesia al servicio de sus intereses. Por eso, tanto la figura de Vera, como la de la Iglesia Oriental, saldrán fortalecidas de este conflicto. Don Jacinto nos da ejemplo de paciencia, moderación, justicia, constancia, no buscando otra cosa sino el bien de la Iglesia. Virtudes que le merecieron la aprobación y alabanza de sus contemporáneos, hasta de sus opositores, y del mismo Papa Pío IX, quien siempre lo reconoció como insigne defensor de los derechos de la Iglesia.

A mediados de setiembre de 1866, el Siervo de Dios había llegado a Salto en su gira misionera, y desde allí se dirigió hacia el norte. A principios de noviembre viajó de Salto a Buenos Aires, para presidir la ceremonia de imposición del palio arzobispal a Mons. Mariano José de Escalada, quien el año anterior lo había ordenado Obispo en Montevideo. Al pasar la sede de Buenos Aires de Obispado a Arzobispado Metropolitano, quien lo había consagrado será ahora Arzobispo. Éste, una vez electo, luego de recibir las felicitaciones de Don Jacinto por su nombramiento, le pedirá personalmente, a través de una carta a fines de setiembre, que sea él quien le imponga el palio. Y conociendo la proverbial humildad del Obispo uruguayo, le adelanta que será alojado, con sus acompañantes, en el palacio episcopal.

Junto a esta carta, le escribe otra al Pbro. José Letamendi, colaborador de Mons. Vera, para que se la hiciera llegar al Siervo de Dios, en la que le decía: *“Como espero que se prestará a mi pedido, y que vendrá Ud. con él, según su deseo, pido a Ud. encargadamente, que se encargue de preparar su viaje, y de todos los gastos, que se ocasionen en él, presentándome la cuenta de todos ellos, para satisfacerla, como es justo y correspondiente, pues quiero portarme con él, según lo hizo conmigo el año pasado, cuando fui a Montevideo a consagrarlo”*.

Como había pasado un mes y no había tenido respuesta, Mons. Escalada le escribe nuevamente a Letamendi, excusándose porque no sabía que Mons. Vera estaba misionando por el interior y él le había propuesto, en su carta, como fecha para la ordenación, el 4 de noviembre: *“Yo siento haberle interrumpido su expedición, y si le indiqué el 4 de noviembre fue por la urgencia que hay de proveer de Prelado al Obispado de Sn. Juan de Cuyo. Después*

*he sabido que en Montevideo esperan al Sor. Vera para mediados de Noviembre. Si hubiera tenido antes esa noticia, habría designado el Domingo 18 del mismo mes, en cuyo día barán once años que me recibí de Diocesano, y así hubiera dado tiempo a que terminase su expedición aquel Señor”.*

Igualmente, Don Jacinto, arribó a Buenos Aires el 4 de noviembre, pero como no habían tenido noticias suyas, la celebración se había postergado. Por ello, pasó más de dos semanas en la capital argentina, donde tenía muchos amigos, ya que en esa ciudad había vivido en la época de sus estudios eclesiásticos y, posteriormente, durante su exilio -debido al Conflicto Eclesiástico-, había permanecido casi un año. Al final, llegó el día, y *“fue solemne la ceremonia de la imposición del palio el 18 de noviembre de 1866, por obra del Vicario Apostólico de la República Oriental del Uruguay, el señor Jacinto Vera. Los canónigos pasaron procesionalmente de la catedral al palacio episcopal, para volver en compañía del nuevo Arzobispo Escalada y del señor Vera. Llegados al templo, ambas Señorías conducidas bajo palio se acercaron al altar, donde el señor Vera dijo la misa y cumplió con el ceremonial, que presenciaron, por ausencia del Presidente, General Bartolomé Mitre, el Vicepresidente, Doctor Marcos Paz, lo mismo que el Gobernador de Buenos Aires Doctor Adolfo Alsina, ambos con sus respectivos cuerpos de ministros, más una numerosísima concurrencia de pueblo”.*

La presencia del Siervo de Dios, como siempre, no pasó desapercibida. Una vez más quedó en evidencia su calidad humana, como lo testimonió el Deán del Cabildo bonaerense: *“Pasaron las fiestas del palio, sin dejar más rastros que el recuerdo general del amable Prelado de Montevideo que intervino en ellas”.*

Por su parte, el Arzobispo, quedó muy agradecido, y así se lo hizo saber a Don Jacinto, una vez que este regresara al país, continuando sin pausa con su actividad misionera, que había suspendido por las ceremonias de Buenos Aires: *“Mucho gusto he tenido con la carta de V.S.I. fecha 22, por la que me informa de su feliz y pronto viaje hasta Paysandú, habiendo llegado con tan buena salud*

*que en el mismo día abrió ya la Misión y empezó de nuevo sus trabajos apostólicos. [...] Por acá hemos seguido todos sin novedad, extrañando solamente la buena compañía de V.S.I. y su amable comitiva, a la que ya nos habíamos acostumbrado. Siempre recordaré con placer los días agradables, que hemos pasado juntos, y tendré presente constantemente el servicio de tanta importancia, que V.S.I. se dignó prestarme para agradecerlo sin cesar”.*

Jacinto vuelve a la ciudad de Paysandú, donde ya había estado en diciembre de 1864, movido por su caridad, para socorrer material y espiritualmente a los heridos y exiliados, a causa del sitio y de la guerra.

## PARTICIPACIÓN EN EL CONCILIO VATICANO I Y VIAJE A TIERRA SANTA

En 1869 todos los obispos se preparaban para el Concilio Vaticano I. El Siervo de Dios comunicó oficialmente al Gobierno su partida y embarcó el 15 de octubre, llevando como secretario al Pbro. Inocencio Yéregui y también a los tres primeros seminaristas que iban a concluir sus estudios en el Colegio Pío Latino Americano de Roma. Estos jóvenes eran Mariano Soler (primer Arzobispo de Montevideo), Ricardo Isasa (Obispo Auxiliar de Montevideo) y Norberto Bentancur (sobrino de Don Jacinto, párroco del Cordón, Florida y San José).

Durante el viaje se fueron uniendo obispos brasileños, que el Siervo de Dios ya conocía de su anterior viaje a Europa. El viaje duró todo el mes noviembre, llegando el 28 a Roma. Allí, el 8 de diciembre, Mons. Vera, participó con gran gozo en la solemne apertura del Concilio. Y desde el comienzo formó parte de la mayoría a favor de la infalibilidad del Papa, dogma que se proclamará en ese Concilio.

Con gran alegría, luego, narrará el hecho: *“Imposible nos sería describiros las emociones de consuelo y alegría que experimentó nuestro corazón el día 18 de julio del año próximo pasado, al presenciar el acto solemne de la declaración dogmática de la Infalibilidad del Pontífice Romano. Esa alegría, ese inefable consuelo, hacía latir todos los corazones, se veía dibujado en todos los semblantes de la numerosísima y augusta asamblea y de aquel gran pueblo; viéndose en unos y otros representado el gozo universal de la Iglesia católica”*.

Cumplió con su deber de participar en la asamblea conciliar sin faltar a ninguna de las sesiones, a pesar de que en algunos momentos se encontraba mal de salud; pero por encima de cualquier padecimiento estaba la obediencia y el amor al Santo Padre. Pero, además, el Siervo de Dios atendía a las personas, tenía fieles amigos en Roma que lo habían estado

esperando; visitaba al P. Letamendi que se había enfermado, y se reunía con otros obispos para conversar, caminar, o tomar mate, como lo hacía con el Obispo de Salta, con quien luego siguió una larga amistad por carta. Incluso, más tarde, deberá ocuparse, a pedido del Cabildo de Buenos Aires, de representarlo, dado que en Roma -participando del Concilio- falleció Mons. Mariano José de Escalada, Arzobispo de Buenos Aires, quien había ordenado Obispo al Siervo de Dios y a quien este le había impuesto el palio arzobispal.

No sólo fue centro de reunión y de amistad, sino que también aprovechó para hacer nuevos contactos, y lo cierto es que quienes se acercaron a él quedaron admirados por sus virtudes. Entre estas virtudes, demostró una gran valentía, cuando tras el doloroso acontecimiento de la entrada de las tropas italianas a Roma, el 20 de setiembre de 1870, y precisamente en los momentos de mayor conflicto, con sus hábitos episcopales, sólo acompañado de un sacerdote, cruzó la ciudad hasta el Vaticano, y se puso allí a las órdenes del atribulado Pontífice Pío IX. Así compartía, después, sus sentimientos: *“¡Ah! No quisiéramos recordar los días de amargura, y más que de amargura, de justa indignación, que pasamos en Roma, al ver aquella Ciudad, pocos días antes tan tranquila, tan llena de regocijo, contemplando en el Soberano Pontífice al más bondadoso Padre; al verla, decíamos, rodeada de poderosas legiones, que por todas partes la asediaban; y que sin respetar lo más augusto y sagrado que existe sobre la tierra, arrojaban un fuego mortífero sobre el pueblo pacífico, sobre los grandiosos monumentos, que honran no ya a Roma, sino a todo el mundo católico, al que Roma pertenece... Los importantes trabajos del Santo Concilio debieron necesariamente suspenderse; porque no gozando el Santo Pontífice de libertad e independencia necesarias, mal podría la Augusta Asamblea proseguir con libertad e independencia sus trabajos”*.

Impedido el Concilio, Mons. Vera decidió visitar los Santos Lugares. Partió el 3 de octubre de 1870 para Palestina, donde hizo sus ejercicios espirituales, con tanta piedad que admiró a

## DICIEMBRE

todos los que lo observaban, y permaneció allí durante todo el mes de noviembre. Así expresaba la experiencia vivida: *“No es posible visitar aquellos monumentos y sitios tan preciosos y de tan consoladores recuerdos para el Cristianismo, sin sentir el alma enajenada de gozo y de un respetuoso recogimiento. La fe se aviva al recordar los grandes misterios realizados en aquellos lugares Santos; al besar aquella Tierra, bendecida y santificada con la presencia del Redentor del mundo, regada con su preciosísima sangre. Si nunca olvidamos a nuestra amada Grey, en aquellos Santos Lugares os tuvimos a todos muy presentes en el Santo Sacrificio de la Misa siempre que tuvimos la dicha de celebrarla, y también en nuestras pobres oraciones, pidiendo al Señor que derrame sobre vosotros los tesoros de infinita misericordia”*.

El 4 de diciembre regresó a Roma, y el 25 de enero de 1871 llegaba a Montevideo, donde como siempre fue muy bien recibido por el clero, el pueblo y el Gobierno.

### **TOMA DE POSESIÓN DEL VICARIATO Y PIEDRA FUNDAMENTAL DEL SEMINARIO**

Como ya vimos, el camino que siguió el nombramiento de Jacinto Vera como Vicario Apostólico fue muy azaroso. El último escollo, la calumnia de Castro Veiga, propiciada por quienes se oponían al nombramiento del Siervo de Dios, fue resuelto favorablemente por el Tribunal de Justicia, quien se expidió el 12 de diciembre. El 13 se comunicaba el decreto mediante el que el Presidente de la República, Gabriel Pereira, citaba a Jacinto Vera para el día siguiente, en la Casa de Gobierno, para prestar el juramento de rigor y tomar así posesión del Vicariato.

A las dos de la tarde del miércoles 14 de diciembre de 1859, las campanas de los templos de la capital anunciaban con sus repiques el gran acontecimiento; el Vicario electo prestaba juramento de su cargo, mediante el que se comprometía a respetar la Constitución, cumplir las leyes y no contravenir el Patronato Nacional.

Para todos aquellos que esperaban este momento, fue motivo de gran alegría y así se lo hacían saber de distintos modos. Por su parte, Don Jacinto, con su característica humildad, sencillez y gratitud, se dirigía al Papa: *“Fue para mí una gran sorpresa esta designación, porque, hablando con la franqueza, que me caracteriza, nada tengo que pueda constituirme apto para el desempeño de las funciones que son consiguientes a dicho nombramiento. Me resigné por respeto a Santo Padre, y atendidas las muchas leguas que separan la América de Roma: por lo que siempre resultan perjuicios de las demoras, que tienen por consecuencias las renunciaciones. Acepto también confiado en la indulgencia con que sabrán mirar los desaciertos de un hombre que se encarga del Gobierno de una Iglesia sin más aptitudes que sus buenos deseos”*.

Este hombre que no reconoce tener demasiadas aptitudes, será desde su cargo de Vicario Apostólico el gran artífice de la Iglesia en Uruguay, para lo cual uno de sus desvelos será la fundación del Seminario propio, para la formación de las futuras generaciones de sacerdotes, y lograr con ello, sin que tengan que salir del país, un clero nacional, virtuoso, ilustrado y apostólico. Pasados muchos años desde la toma de posesión de Jacinto Vera como Vicario Apostólico, también en diciembre, pero de 1878, se bendice la piedra fundamental del Seminario Conciliar.

Pero para la creación del Seminario había varias dificultades, entre ellas las de tipo económico, pero además la ausencia de los Padres Jesuitas -expulsados a comienzos de 1859, durante la Presidencia de Pereira-, a quienes Jacinto quería encargarse de la formación del creciente número de vocaciones que iban surgiendo. De hecho, ya tenía muy buena experiencia con los seminaristas enviados a Santa Fe y formados por los jesuitas: *“Allí se educan con instrucción completa eclesiástica de donde salen sacerdotes ejemplares y celosos. Tengo ya varias parroquias administradas por estos sacerdotes quienes observan una conducta verdaderamente edificante”*.

Si bien ya había intentos anteriores, en 1865 se dan dos acontecimientos que contribuirán a reforzar las esperanzas de concretar el proyecto del Colegio Seminario, primero el decreto por el cual el Gral. Flores permite el regreso de los Padres Jesuitas, y luego, la ordenación episcopal de Jacinto Vera. De hecho, en 1867, se llegó a comprar un terreno, pero a pesar del interés, la idea todavía no se podía concretar por la falta de personal de la Compañía de Jesús. La Orden regresó a Uruguay en 1872, y además, en este momento, la idea de los religiosos era la de un colegio de alumnos externos, diferente a lo pretendido por el Siervo de Dios, que era un colegio con internado, apto para Seminario. Pero ninguna de las dos ideas prosperará, por el escaso personal que tenían los Padres de la Compañía.

Surgirá una nueva oportunidad, dado que la empresa de Aguas Corrientes creó una urbanización, llamada Villa Colón, donde se había edificado una iglesia y un colegio, que se le ofreció a la Compañía de Jesús. Esta rechazó ese establecimiento distante, que favorecía un colegio de internos adecuado para Seminario, pero no su idea de un colegio para externos.

En dicho lugar se instalará la primera comunidad de Salesianos llegados al país, quienes sí aceptarán el ofrecimiento. Allí, en 1877, comienza a funcionar el colegio con internos, en el que, tal como era la idea de Don Jacinto, comenzaron a recibir seminaristas, iniciándose así la formación sacerdotal en el país. Pero esta era una solución transitoria, pues ni los jesuitas ni Mons. Vera habían abandonado sus respectivos proyectos, el del colegio de alumnos externos y el de un Seminario. Esto hizo que ese mismo año se trabajara para concretar la creación de algo que resultará bastante ambiguo, un colegio propiedad de la Compañía de Jesús, que a su vez fuera Seminario Conciliar, y en este aspecto, dependiente del Obispo.

Pero a mediados de 1878, la erección de la Diócesis de Montevideo, y la nueva realidad institucional de la Iglesia Oriental que ello exigía, en la que el Seminario era un elemento primordial, produjo un cambio en lo que estaba planeado. Por tanto, se comenzó a trabajar con más intensidad para tener un Seminario, en todo sujeto al Obispo, bajo la conducción de los Padres Jesuitas, tal como quería Mons. Vera. Este creó una comisión encargada de la financiación de la obra, la que rápidamente comenzó; por lo que el 16 de diciembre de 1878 se colocó y bendijo la piedra fundamental del Seminario Conciliar. Un lugar donde pronto podrían formarse los jóvenes seminaristas, que hasta el momento lo hacían en el Colegio de los Padres Jesuitas en Santa Fe y en el Colegio Pío de Villa Colón, de los Padres Salesianos.

## RECIBIMIENTO A LOS PRIMEROS SALESIANOS. SEMBLANZA DEL VIRTUOSO VICARIO APOSTÓLICO

En diciembre recordamos, también, otro hecho directamente relacionado con el ministerio pastoral de Don Jacinto. Se trata de la llegada al Uruguay, el 26 de diciembre del año 1876, de los primeros Salesianos, los que, como ya hemos referido, se instalarán en lo que será el Colegio Pío de Villa Colón. Es de destacar la relación -epistolar-, que el Siervo de Dios mantuvo, en los últimos años de su vida, con el fundador del instituto religioso, San Juan Bosco. Al respecto es bueno recordar este acontecimiento, de la llegada de los religiosos para fundar la primera comunidad, y resaltar, a su vez, la gran impresión que recibieron de Don Jacinto. Por esto reproducimos la carta en la que el P. Luis Lasagna (el superior de la nueva casa) le cuenta al santo fundador, Don Bosco, la llegada a Montevideo y el recibimiento del Vicario Apostólico.

Con ello rememoramos un hito importante en la historia eclesiástica de nuestro país, pero también evidenciamos la preocupación de Jacinto Vera por la llegada de comunidades religiosas (masculinas y femeninas), uno de los aspectos en los que se concentró su interés como forjador de la Iglesia Oriental. Pero, fundamentalmente, pretendemos recoger la frescura del testimonio de quienes tuvieron la dicha de conocer y tratar personalmente al Santo Prelado:

*“Después de un breve saludo a Monseñor, excelentísima persona, de trato muy familiar, nos sentamos a la mesa, y con qué entusiasmo hemos gustado aquellos abundantes manjares, lo dejo a su imaginación.*

*Monseñor D. Jacinto Vera, Vicario Apostólico del Uruguay, tiene por patria el Océano inmenso, porque nació a bordo de una nave que surcaba el Atlántico: sus padres son de Lanzarote, pequeña isla, o mejor, escollo que integra el grupo de Las Canarias. Tendrá unos 60 años, que lleva con la naturalidad y casi diría con la inquietud de alguien que tuviera 20. Su estatura es alta y recta, no muy gordo, pero lo suficiente como para*

*presentar un notorio aspecto de salud y prosperidad. Su rostro es moreno y oscuro, pero le dan vida un par de ojos negrísimos, de una vivacidad increíble.*

*Siempre está de pie, y habla y conversa con una hilaridad que nunca cansa. Ya sentado junto a nosotros, ya paseando por la sala después que percibió que se había ganado nuestra confianza, no cesaba de provocar con cien preguntas al pobre Adán que, como en Burdeos había ya pretendido hablar francés, ahora se esforzaba por sacar a relucir sus conocimientos de lengua española, despertando tanta alegría que el grupo se desahacía de risa.*

*Pero no es en estos momentos de respiro y diversión que debe considerarse a Monseñor, si se quiere juzgarlo con justicia. Hay que contemplarlo en el campo de las fatigas apostólicas, para quedar atónitos y arrebatados de indecible admiración. Está con nosotros y desde el primer encuentro, se reveló como hombre de suma humildad, de una amabilidad totalmente paternal, de una franqueza y simplicidad que cautiva los corazones; en el trabajo es un apóstol, un celosísimo apóstol, en el verdadero y más grande sentido de la palabra.*

*Y con esto entiendo decir que su apostolado no lo ejerce en salones cubiertos de tapices bordados de oro, ni desde un escritorio, hundido en un suave sillón con posabrazos, sino en la cabecera de los moribundos, en el tugurio maloliente del mendigo que visita y socorre en persona, en el confesionario dentro del cual se encierra durante largas, larguísimas jornadas enteras, dispensando a sus hambrientas ovejas el pan del consejo y del perdón. Todos saben y dicen que en la ciudad de Montevideo confiesa más el obispo que todos los sacerdotes juntos. Muy a menudo predica en la ciudad y, de tanto en tanto, monta a caballo y vuela a través de estas llanuras inmensas y despobladas, buscando algún grupo de ranchos para allí predicar, bautizar y confirmar a los infelices que parecen ser como salvajes, secuestrados del consorcio humano.*

*Por donde vaya, es acogido por todos con reverencia y amor, y cierta gente de costumbres bárbaras y sanguinarias, que vieron expirar sin padecer a cientos de víctimas de su codicia o venganza salvaje bajo el golpe de su facón (hoz o puñal), caen mansa y humildemente a los pies de su*

*pastor, para recibir las correcciones y muchas veces los consuelos que los convierten a Dios y a experimentar sentimientos humanos. ¿Quién puede expresar el bien que hace este intrépido obispo al regularizar y bendecir matrimonios, al instruir y confirmar, al pulir las costumbres todavía brutales de las tribus de la campaña? Si tuviese tiempo tendría para narrar bellas y curiosas anécdotas, pero espero tener una mejor oportunidad y más comodidad”.*

### **III. RECONOCIMIENTO DE LA FIGURA DE MONS. JACINTO VERA. DISCURSO DE FRANCISCO BAUZÁ**

Más allá de los acontecimientos de la vida de Don Jacinto Vera, que mes a mes recordamos, es bueno, además, conocer las impresiones y sentimientos que, sobre el Siervo de Dios, experimentaron quienes tuvieron la dicha de estar cerca de él y compartir distintos momentos de su vida. Son muchos los contemporáneos que nos hacen llegar testimonios, por los que podemos acercarnos más y mejor a la figura del Santo Obispo, con la frescura y espontaneidad de aquello que se conoce y vive de forma directa, de primera mano. Siempre es bueno escuchar la voz de testigos privilegiados, que nos iluminan con sus relatos.

En este sentido, compartimos un testimonio, escrito en el mes de agosto de 1884 y publicado en el Diario el Bien Público. Se trata de un discurso de Francisco Bauzá. Este gran hombre, representante de la nueva generación formada a la sombra de Mons. Vera, fue un gran pensador, senador de la República, fundador de múltiples obras católicas, propulsor de la enseñanza libre y de la cultura católica. Realmente un referente del laicado de su época y también para la actualidad, por ser un personaje de la mejor tradición de nuestra Iglesia.

En sus palabras, Bauzá acentúa la dimensión fundante del apostolado de Jacinto Vera, quien recibió una Iglesia en decadencia y dejó una Iglesia floreciente y firme. También él, como tantos, califica al Siervo de Dios como “Santo Obispo”. Queda de manifiesto, además, que no por casualidad, Mons. Vera, tal como ya lo hemos referido, fue la persona más conocida y querida del siglo XIX en nuestra Patria; la prueba más elocuente la constituye sus exequias, acto que reunió la mayor muchedumbre hasta entonces vista, puesto que, frente a su

muerte, nadie quedó indiferente. Por otra parte, semblanzas como ésta, manifiestan la constante presencia de Jacinto en el recuerdo de sus allegados, y que perdura aún mucho tiempo después de su fallecimiento.

*“Para tomar las cosas desde su verdadero punto de arranque, trasladémonos a aquellos días en que la Iglesia Uruguaya, huérfana de Prelados, parecía entrar en período de irrevocable decadencia. Habían pasado para no volver, Larrañaga, Fernández y Lamas; no existía Clero nacional propiamente dicho y el indiferentismo aniquilaba los ánimos.*

*En esta situación recayó la Mitra sobre un Cura de aldea, tan desconocido que apenas se sabía su nombre, tan pobre que la elección le sorprendió sin más ajuar que una sotana raída.*

*Allá, entre sus feligreses, hubo muchas lágrimas y abrazos para despedirle, y sin otro pasaporte emprendió el camino de la Capital, donde debía ejercer su excelsa dignidad.*

*Las opiniones en Montevideo, se dividieron al verle: unos le juzgaban de escasa penetración, otros le tenían por acérrimo afiliado a un bando político; todos convenían, sin embargo, en concederle una exterioridad mansa y un espíritu de caridad que se reflejaba sobre su rostro expresivo.*

*‘Es un excelente sacerdote’, dijeron entonces, sin presentir que más tarde, todo un pueblo congregado alrededor de su tumba había de sustituir esa exclamación por esta otra, que era juicio de la posteridad: ‘Fue un gran hombre’.*

*Así comenzó la vida episcopal de Monseñor Vera, nuestro amado e inolvidable Maestro. No entra en mi propósito actual relatar por entero su existencia, ni las persecuciones de que fue víctima, ni la asiduidad con que cumplió su santo ministerio, ni el patriotismo con que siempre ocurrió a trabajar por la paz pública, ni el ejemplo fortificante de su muerte austera, con la Cruz del Señor en la mano, predicando la palabra divina.*

*Sólo deseo recordar que cuando empuñó el cayado de los pastores de almas, no teníamos Clero Nacional, ni casi asociaciones católicas, ni prensa, ni seminarios; y que a su muerte teníamos todo eso; y lo que es más, teníamos un digno sucesor suyo, formado bajo la disciplina de su enseñanza evangélica, y destinado por el cielo, si no a hacernos olvidar, porque es imposible, a consolarnos, cuando menos, de aquella pérdida.*

*Debemos, pues, al Santo Obispo, cuya memoria nos es tan querida, los beneficios que gozamos actualmente”.*

Testimonios como este, nos mueven a ser agradecidos con el Padre de la Iglesia uruguaya, por su infatigable tarea y esfuerzo continuo, así como su ejemplo de amor a Dios y al prójimo, que contribuyeron a poner bases sólidas a partir de las cuales se comenzó a estructurar la Iglesia en nuestra Patria.



#### **IV. HOMENAJE DE JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN A MONS. JACINTO VERA LA MEMORIA DEL JUSTO SERÁ ETERNA**

Como broche de oro a estas notas, creemos oportuno recordar las palabras -las que, además, inspiraron el título de este libro- llenas de admiración y amor hacia Don Jacinto, del Poeta de la Patria, Juan Zorrilla de San Martín, animadas por la certeza de su santidad y la esperanza de su canonización. Sentimientos compartidos por todas las generaciones, que, como nosotros, han amado al Siervo de Dios, se han edificado con su testimonio de santidad, esperando y trabajando por su glorificación.

El Dr. Juan Zorrilla de San Martín, periodista, diplomático, político, docente, gran promotor de la causa católica, conoció desde su niñez al Siervo de Dios, con quien estuvo muy cerca en su juventud y adultez. De él tenemos hermosos testimonios plasmados por su inigualable pluma. Uno de ellos es el discurso, que como director del periódico El Bien Público, en nombre del Club Católico, le tocó realizar al recibir el cuerpo sin vida de Mons. Vera, en la Catedral de Montevideo, el día de su funeral solemne, al cual hicimos referencia en la presentación de este trabajo.

Posteriormente, como presidente de la Congregación Mayor Mariana de Montevideo, promovió la apertura del proceso de canonización del Siervo de Dios. Pero no llegó a declarar en el mismo, ya que este proceso fue abierto en 1935 y Zorrilla falleció en 1931. Igualmente, contamos con uno de sus últimos testimonios sobre la santidad de Don Jacinto, en procura de la canonización.

Nos referimos al Prólogo, que con fecha 19 de abril de 1931, escribiera Juan Zorrilla de San Martín, para la Biografía sobre Jacinto Vera de Rafael Algorta Camusso, y que presentamos seguidamente.

“El honor, y, más que honor, la alegría de encabezar con algunas líneas este resumen de la biografía de Monseñor Vera me cabe en suerte porque, aunque sin méritos, soy Presidente de la Congregación Mayor Mariana de Montevideo, que ha dado el primer paso hacia la beatificación de aquel insigne varón de Dios. Pero más aún que por eso, hablo aquí porque soy algo así como un sobreviviente, un testigo de lo que narra y dice esta biografía; soy uno que puede, por lo tanto, ratificar, lo que aquí se dice con una cierta autoridad, y casi en nombre de una generación pasada. La mía, la que pasó, o está pasando por el tiempo, dice por mi boca que es mucha verdad que Monseñor Jacinto Vera, el primer Obispo de Montevideo, que en esta biografía mi Congregación hace conocer a todos, fue lo que se llama un santo. Yo lo dije en voz alta, en el atrio de nuestra Catedral, cuando, hace mucho tiempo, cincuenta años, en Mayo de 1881, lloré con el pueblo, con todo el pueblo del Uruguay, sin una sola excepción, ante el cuerpo yacente de aquel su querido prelado; también lo dije cuando, en Diciembre de 1905, juzgué este libro del doctor Lorenzo Pons, este que, en interesantísimo resumen, y enriquecido de datos nuevos, que el doctor Pons no podía conocer, debemos a mi predilecto compañero de Congregación Rafael Algorta Camusso, y que me ofrece la ocasión de afirmar, una vez más que lo que aquí se dice es la verdad; que aquel primer Obispo de Montevideo, tan querido de mi generación, tan venerado por ella, era un hombre de virtudes heroicas; que no es, por lo tanto, una ilusión el abrigar la esperanza, que hoy abrigamos de ver incorporar a la constelación de nuestros héroes nacionales al héroe por excelencia, el sólo verdaderamente, totalmente heroico: el santo.

*Que sólo será eterna la memoria del justo.*

La Congregación Mayor de Montevideo hace obra de patriotismo, al par que de religión, al tomar con pasión, como la ha tomado, la de la beatificación del insigne varón uruguayo que fue primer Obispo de Montevideo; la Patria no tiene gloria más pura; no la tiene más alta.

No es este el sitio ni la ocasión de exponer los títulos a la exaltación de mi inolvidable prelado; pero si la de dejar traslucir siquiera la especial alegría con que acompañé a mis hermanos en esta obra de fe religiosa y de fe nacional y de esperanza; el júbilo con que recojo el honor de que

*mi nombre quede a la cabeza del proceso que va a instaurarse ante el tribunal competente, y quede aquí, en la primera página de este pequeño libro.*

*Me parece que con Monseñor Vera, se santificará nuestro Uruguay querido, a quien el amó tanto, y sirvió y evangelizó. Nadie lo ha querido más que él; nadie lo ha servido más. Llego a creer que yo mismo comparto la gloria del culto que buscamos para el primer Obispo de Montevideo, como si fuera una herencia de familia.*

*Lo es su nombre y lo será su gloria, a buen seguro, si obtenemos el verlo nosotros o nuestros postreros en la de los altares; la más preciada herencia de la familia uruguayo.*

*Yo quisiera reflejar aquí, en rápida semblanza, la imagen de aquel hombre de virtudes que tengo en mi memoria, y pasa por ella llena de vida, identificada con todos mis recuerdos, con el calor de mi hogar, con mis primeros entusiasmos patrios, con mis ilusiones primeras... No cabe aquí; pero puesto que, como dije al principio, yo tengo algo del sobreviviente, del testigo; y puesto que no me es dado entrar a enumerar las virtudes heroicas de aquel insigne varón, porque sería muy largo, quede aquí mi primera deposición en el proceso: digo, en conciencia, que, NO RECUERDO UNA SOLA IMPERFECCIÓN EN AQUEL HOMBRE a quien conocí y traté desde niño; su sombra es todo pureza, todo luz.*

*En cuanto a las perfecciones, a las virtudes heroicas, ellas están indicadas en esta pequeña biografía, que yo confirmo y aplaudo de corazón, y que sugerirá nuevas investigaciones y hará bajar mayor claridad desde lo alto sobre los espíritus; ella basta también para despertar en las nuevas generaciones la admiración y el amor y la devoción hacia el hombre que fue el objeto más señalado de la mía, y para estimular a todos a cooperar, con recursos, con estímulos, con oraciones, en la obra de aproximar el día en que nuestra previsión anhelante se realice: en que Monseñor Jacinto Vera, el santo uruguayo, suba al altar.*

*Pienso, al escribir estas líneas, en algo de infantil; en si yo, el sobreviviente, el viejo testigo, llegaré a ver ese dichoso día; en si me alcanzará esta vida que estoy viviendo para verlo rayar en el horizonte...*

*¿Y por qué no?*

*Siento en mi una grande esperanza que se mueve... No sé si es porque espero que la vida sea muy larga, o porque el proceso de beatificación de Monseñor Vera sea muy corto. Es lo mismo. Todo lo que tiene que acabar es corto, y está todo en manos de Dios, que es Él solo que hace los santos, y, por órgano de su infalible Iglesia, los pone en los altares.*

*Que su voluntad se haga en nuestra tierra como en nuestro cielo.*

*Y su gloria se manifieste a nuestros ojos, como en la luz de sus estrellas, en el resplandor de los bienaventurados a quienes invocamos.*

*Y que uno de ellos, el que hoy ocupa nuestro recuerdo, resplandezca especialmente en nuestro firmamento, para nosotros, para nuestro Uruguay, a quien el amó particularmente en la tierra, y sigue y seguirá amando desde el cielo... Así sea”.*

## V. BREVE HISTORIA DE LA CAUSA DE CANONIZACIÓN

Hace mucho tiempo que se viene trabajando en la causa de canonización de Mons. Jacinto Vera. Haciendo memoria debemos remontarnos a sus sucesores en la sede episcopal de Montevideo (Mons. Yéregui, Mons. Soler), quienes fueron los primeros en recoger toda la documentación y testimonios, luego de la muerte con fama de santidad de Don Jacinto. A ello seguirá la recolección de firmas -a inicios de 1a década del 30-, para elevar a Roma el pedido de canonización (entre cuyos promotores se encuentra Juan Zorrilla de San Martín). Luego, la apertura de la causa (por parte de Mons. Aragone), pasando por el proceso diocesano y la posterior aceptación de la causa en Roma, con los sucesivos postuladores y vicepostuladores que tuvo la misma. Todo ello, ha contribuido a una azarosa historia en la que ha habido avances, retrocesos, detenciones, obstáculos, etc. Pero lo que es obra de Dios siempre continúa, sale adelante superando las barreras, y la causa de Jacinto sin duda lo es, pues de hecho en este camino se ha probado la validez de la fama de santidad del Siervo de Dios, que se prolonga y se mantiene viva más de un siglo después de su muerte.

Si bien se ha recorrido un camino muy largo y muy dificultoso, hoy, con gran alegría, estamos en condiciones de decir que la causa de Mons. Jacinto Vera se encuentra muy avanzada. Casi 80 años han pasado desde su inicio formal, hasta culminar una etapa muy importante, en el 2012, con la conclusión de la Positio. Precisamente, en 1935 se da comienzo al Proceso Informativo Ordinario de Montevideo, que se terminó en 1942. Todo lo obrado (abundante documentación y declaración de testigos), reunido en 6 volúmenes, fue enviado a Roma, a la Congregación de la Causa de los Santos.

Posteriormente, se agregó en 1955 un pequeño proceso para mostrar las causas por las que el proceso se había comenzado tardíamente (más de 30 años después de la muerte, tiempo límite que prescribe el derecho). Reconocido y aprobado por la Congregación lo que antecede, se procede a la fase apostólica del proceso en Roma, cuya base es la Positio.

¿Qué es la Positio? Es un alegato fundado, que con documentos fidedignos, muestra, tanto las virtudes, signos y prodigios que se le atribuyen, la santidad en vida de Don Jacinto y su fama hasta el presente, como la devoción que le tienen los fieles. Una extensa recopilación de documentos que fundamentan el pedido de que el primer Pastor de la Iglesia uruguaya sea reconocido por la Iglesia como modelo de vida cristiana. Un trabajo verdaderamente monumental, realizado con las declaraciones de los testigos, documentos, biografía, cartas, testimonios de prensa, visitas pastorales, misiones, escritos, sermones, gracias y favores, etc. La gran cantidad de documentos recogidos y las múltiples investigaciones posteriores contribuyeron a que una vez nombrado el actual Vice-Postulador de la causa, Mons. Alberto Sanguinetti Montero, y luego de un arduo trabajo de casi 15 años, compusiera este escrito de más de 2000 páginas.

Esta tarea, que sin duda es la más dura en todo el proceso que sigue la causa de canonización, se ha culminado, como decíamos, en el 2012, y en este momento, en el año del Bicentenario del nacimiento de Jacinto Vera, la Positio se encuentra en Roma, a punto de comenzar a ser analizada. Concretamente, en el pasado mes de octubre, la misma fue entregada a la Congregación para la Causa de los Santos. Ahora seguirá su curso el Proceso Apostólico, comenzando una nueva fase, en la que estos documentos deben ser examinados, en primer lugar por historiadores, luego por teólogos, para llegar finalmente a los Cardenales que deben pronunciarse para que la causa pueda seguir adelante. Primero, para que sea reconocido

Venerable y luego de obtener un milagro por su intercesión, sea proclamado Beato y finalmente Santo. Se trata de probar la santidad de Jacinto, y reconocerlo, a través del veredicto de la Iglesia, como intercesor ante Dios.

Por tanto, luego de muchos años y muchísimo esfuerzo, una parte fundamental del trabajo ya está hecho; pero eso no es todo. Hay otra tarea también muy importante en la que todos, como Iglesia uruguaya, estamos comprometidos; se trata de orar por su pronta glorificación, pedir por nuestras necesidades a través de su intercesión, hablar, exhortar, difundir el conocimiento del Siervo de Dios y la devoción a él. Cada uno, individualmente o en comunidad (grupos parroquiales, capillas, colegios, grupos de oración, etc.) debe ser en este momento parte de la causa, acercando a Mons. Vera a todos, para conocerlo y amarlo más, especialmente a los que aún no lo conocen o no lo tienen presente. Esta es la causa de todos los miembros de la Iglesia Oriental, y debemos continuar y reforzar el trabajo de difusión que muchos hermanos que nos han precedido en las décadas anteriores han realizado.

Dios nos regaló este hombre virtuoso, hombre de fe católica profunda, varón justo, este sacerdote intrépido y trabajador, este Obispo que puso los fundamentos de nuestra Iglesia. Los contemporáneos de él lo tuvieron por santo. A nosotros nos toca el deber de trabajar para que si Dios lo quiere y la autoridad eclesial lo juzga conveniente, sea reconocido entre sus santos, para mayor gloria de Dios y de Jesucristo, y para edificación de la Iglesia.

## VI. BIBLIOGRAFÍA REFERENTE AL SIERVO DE DIOS, JACINTO VERA

### Escritos sobre Jacinto Vera

ALGORTA CAMUSSO, RAFAEL: *Mons. D. Jacinto Vera. Notas biográficas*, Montevideo, 1931. Prefacio de JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN. También la edición francesa: *Le Saint Évêque de Montevideo. Le serviteur de Dieu Hyacinthe Vera y Durán, premier évêque de Montevideo, Uruguay (1813-1881)*, s/c 1993.

ÁLVAREZ GOYOAGA, LAURA: *Don Jacinto Vera. El misionero santo*, Montevideo, 2010.

ÁLVAREZ GOYOAGA, LAURA: *Don Jacinto Vera. El misionero de los niños*, Montevideo, 2011.

ARAGONE, JUAN FRANCISCO: “Exhortación y mandato del 15 de julio de 1935”, en *El Amigo del Obrero y del Orden Social*, Montevideo, 20 de junio de 1935.

ARAGONE, JUAN FRANCISCO: “Exhortación y mandato del 22 de septiembre de 1937”, en *Boletín Eclesiástico*, Montevideo, octubre de 1937.

ARAÚJO, ORESTES: *Jacinto Vera*, en *Perfiles biográficos trazados para la niñez*, Preámbulo de J. H. FIGUEIRA, Montevideo, 1921.

BALAGUER, MIGUEL: “Carta al Presbiterio. El ejemplo de Mons. Jacinto Vera”, s/f, *Vida Pastoral* 85, Montevideo, mayo-junio 1981.

BARBIERI, ANTONIO MARÍA: “Carta Pastoral sobre Monseñor Jacinto Vera del 3 de julio de 1942”, en *Boletín Eclesiástico*, Montevideo, n.º 287, agosto 1942, y en *Perfiles*, Montevideo, 1964.

BAUZÁ, PEDRO E.: *Homenaje al recuerdo del Ilmo. y Rvmo. Señor Obispo Diocesano Don Jacinto Vera*, Montevideo, 1881.

BONIFAZ, JUAN MANUEL: *Brindis en Homenaje a Mons. Jacinto Vera con motivo de su Ordenación Episcopal. 16 de julio de 1865*, edición, presentación y bibliografía por el Dr. JUAN VILLEGAS S.J., Montevideo, 2001.

CONFERENCIA EPISCOPAL DEL URUGUAY: “Carta colectiva en el centenario de la muerte del Siervo de Dios Monseñor Jacinto Vera del 2 de septiembre de 1980”, en *Vida Pastoral* 85, Montevideo, mayo-junio 1981.

CONFERENCIA EPISCOPAL DEL URUGUAY: *Carta Pastoral con motivo de los 125 Años de la muerte del Siervo de Dios Monseñor Jacinto Vera Durán*, Montevideo, 9 de octubre de 2006.

CROVARA, JORGE: *Un obispo gaucho. Encuentro con Mons. Jacinto Vera*, Montevideo, 1991.

DE ACHA, FRANCISCO X.: *El conflicto eclesiástico*, Montevideo, 1861.

DE MARÍA, ISIDORO: *Rasgos biográficos nacionales de hombres notables de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1939 (reproducción de la primera edición de 1886), t. 4, Jacinto Vera.

FERNÁNDEZ SALDAÑA, JOSÉ M.: “Jacinto Vera”, en *Diccionario uruguayo de biografías. 1810-1940*, Montevideo, 1945.

FRÍAS, FÉLIX: *El derecho de patronato y la libertad de conciencia*, Montevideo, 1861.

GONZÁLEZ MERLANO, JOSÉ GABRIEL: *El conflicto eclesiástico (1861-1862). Aspectos jurídicos de la discusión acerca del Patronato Nacional*, Montevideo, 2010.

GONZÁLEZ MERLANO, JOSÉ GABRIEL: *Varela y Vera. Dos visiones sobre la religión en la escuela*, Montevideo, 2011.

LASAGNA, LUIS: *Epistolario*, introducciones, notas y texto crítico a cargo de ANTONIO DA SILVA FERREIRA, Roma, 1995, vol. 1.

LISIERO, DARÍO: “Iglesia y Estado en el Uruguay en el lustro definitorio, 1859-1863”, *Revista Histórica*, (2.ª época), t. LXII, Montevideo, 1971, y t. LXIII, Montevideo, 1972. El mismo trabajo está publicado como: LISIERO, DARÍO: *El Vicario Apostólico Jacinto Vera, Lustró definitorio en la Historia del Uruguay, 1859-1863*.

LISIERO, DARÍO: *El Vicario de Montevideo*, Lulu 2008.

PARTELI, CARLOS: “Carta Pastoral en el centenario de la Diócesis”, en *Vida Pastoral* 69, Montevideo, julio-agosto 1978.

PARTELI, CARLOS: “Homilía en el centenario de la muerte de Mons. Jacinto Vera”, en *Vida Pastoral* 85, Montevideo, mayo-junio 1981.

PARTELI, CARLOS; JUAN VILLEGAS; JUAN J. ARTEAGA ZUMARÁN Y JOSÉ MARÍA ROBAINA ANSÓ: *Monseñor Jacinto Vera: el reorganizador de la Iglesia Uruguaya*, Montevideo, 1981.

PASSADORE, ENRIQUE: *Padre de la Iglesia Uruguaya*, Montevideo, 1997.

PONS, LORENZO: *Biografía del Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Jacinto Vera y Durán, Primer Obispo de Montevideo*, Montevideo, 1904.

POSE, FRANCISCO JOSÉ: *Siervo del amor de Dios en el Uruguay: Mons. Jacinto Vera*, Montevideo, 1981.

RUBIO, ANDRÉS MARÍA: “Carta a los sacerdotes. En el centenario de la muerte del Siervo de Dios Monseñor Jacinto Vera”, en *Vida Pastoral* 87, Montevideo, setiembre-octubre 1981.

SALLABERRY, JUAN FAUSTINO: *Don Jacinto Vera, primer Obispo del Uruguay, apóstol de la República Oriental del Uruguay, defensor de los Derechos de la Iglesia*, Montevideo, 1933.

SALLABERRY, JUAN FAUSTINO: *Don Jacinto Vera*, Montevideo, 1943 (pro manuscrito).

SANGUINETTI MONTERO, ALBERTO: *Biografía documentada para la Positio de la causa de canonización del Siervo de Dios Jacinto Vera*, Montevideo, 2011. Se trata de la Biografía que forma parte de la Positio; sin duda la obra más completa y exhaustiva sobre la vida de Jacinto Vera, ya que recoge todo lo escrito sobre él -que mencionamos en el presente elenco bibliográfico- y, además, la inmensa documentación referida a la vida y obra del Siervo de Dios.

SIENRA, RAFAEL: “El Vicario don Jacinto Vera”, en *Almanaque del Labrador*, 1918.

TORRENDELL LARRAVIDE, BEATRIZ: “Jacinto Vera. Agricultores de Tinajo en la naciente República Oriental del Uruguay”, en *Revista del Instituto de Estudios Genealógicos del Uruguay*, n° 18, Montevideo, 1994.

TORRENDELL LARRAVIDE, BEATRIZ: *Geografía histórica de Jacinto Vera*, Montevideo, 2010.

VILLEGAS, JUAN JOSÉ: *Vida de Monseñor Jacinto Vera (1813-1881)*, Salto (Uruguay), 1992.

VILLEGAS, JUAN: “Padres y parientes de Mons. Jacinto Vera, primer Obispo de Montevideo”, en *Revista del Instituto de Estudios Genealógicos del Uruguay*, n.º14, Montevideo, 1992.

VIVAS CERANTES, DAMIÁN: *El Patronato*, Montevideo, 1892.

## Escritos de Jacinto Vera

*Documento Pastoral del Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Jacinto Vera (Primer Obispo de Montevideo) - Su plena actualidad al cumplirse sesenta años de su publicación. 1879 - 11 de febrero- 1939*, con palabras explicativas de ARTURO E. XALAMBRÍ, Montevideo, 1939.

*Carta Pastoral de Monseñor Jacinto Vera (Cuaresma, 1879)*, introducción y texto de JUAN VILLEGAS S.J., Montevideo, 1981.

*La Carta Pastoral de Monseñor Jacinto Vera acerca de la “Profesión de fe racionalista” en su entorno, Montevideo, 19 de julio de 1872*, in-

roducción y recopilación de JUAN VILLEGAS S.J., Montevideo, 1989.

*Escritos de Mons. Jacinto Vera*, presentación y bibliografía de JUAN VILLEGAS S.J., Montevideo, 1993.

*Carta Pastoral de Monseñor Jacinto Vera sobre la Educación, Montevideo, 24 de febrero de 1878*, presentación y bibliografía de JUAN VILLEGAS S.J., estudio introductorio de MARÍA CRISTINA ARAÚJO AZAROLA, Montevideo, 1995.

*Dos Cartas Pastorales de Monseñor Vera, Montevideo, 21 de febrero de 1876 y 6 de febrero de 1877*, presentación y edición de JUAN VILLEGAS S.J., Montevideo, 2005.

## VII. ORACIÓN PARA REZAR POR INTERCESIÓN DEL SIERVO DE DIOS, MONS. JACINTO VERA

Dios, Padre nuestro,  
que ungieste con el Espíritu Santo a tu Siervo JACINTO,  
eligiéndolo como primer Obispo del Uruguay,  
para que, como instrumento de Cristo, Buen Pastor,  
llevara a todos los rincones de nuestra Patria  
el Evangelio de tu Amor  
y los Sacramentos de la Salvación:

Guía a nuestros obispos y sacerdotes.  
Envía abundantes y santas vocaciones sacerdotales y religiosas.  
Une a nuestras familias en la verdad y en el amor.  
Otorga a tus fieles santidad de vida y fortaleza  
para ser testigos del Evangelio de Cristo.  
Haz que vivamos según tus mandamientos,  
caminando bajo la luz de la fe,  
con la esperanza puesta en Ti,  
amándote con todo el corazón  
y amando al prójimo por amor a Ti.

***Glorifica tu Nombre en tu Siervo JACINTO  
y concédele ser reconocido entre tus santos,  
para alabanza de tu gloria  
y edificación de tu Iglesia.  
Dame, Señor, por su intercesión,  
la gracia que humilde y devotamente  
te pido (breve silencio para pedir la gracia deseada)  
y ayúdame a conformar mi vida con tu voluntad.  
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.***



Impreso y Encuadernado en  
Mastergraf srl  
Gral. Pagola 1823 - CP 1180 - Tel.: 2203 4760  
Montevideo - Uruguay  
E-mail: mastergraf@netgate.com.uy

Depósito legal xxx.xxx - Comisión del Papel  
Edición amparada al decreto 218/96